XXII Certamen Literario "Villa de Mendavia" 2021

AYUNTAMIENTO
DE MENDAVIA

XXII Certamen Literario
“Villa de Mendavia”

© Ayuntamiento de Mendavia

Fotografía de portada:
Vendimia, de Carlos Mediavilla Arandigoyen.

Realización y diseño:
Calle Mayor (www.callemayor.es)

DL NA 2302-2021

XXII Certamen Literario
“Villa de Mendavia”

Ganadores:

PRIMER PREMIO

Lo que saben las moscas

Antonio Tocornal

SEGUNDO PREMIO

Mademoiselle Pamele

Paloma Ruiz del Portal Muñoz

CERTAMEN ABIERTO

Mayores de 16 años

NARRATIVA

Lo que saben las moscas

Antonio Tocornal

/ 1er premio /

Las moscas; las moscas sí que saben.

En algunos pueblos de Andalucía hay una hora, a media tarde, durante la cual las moscas se reúnen en contubernio, dibujan remolinos en el aire y observan a los humanos.

Cada tarde, a esa misma hora, el quinto viejo entraba en la tasca de Crisanto y se acodaba en el mostrador; telepáticamente pedía su carajillo y aguardaba.

Como a los demás habituales, le servían el café por un lado y le dejaban la botella de aguardiente de orujo para que lo aliñase al gusto.

Poco más tarde, con el carajillo ya mediado, llegaban los otros cuatro; lo hacían juntos. Al entrar acababan súbitamente sus bromas, saludaban a Crisanto con alegría y al quinto viejo con cuatro gruñidos silenciosos. Luego ocupaban la mesa —siempre la misma— y uno de ellos recogía el dominó que Crisanto sacaba de detrás del mostrador.

Durante la hora que duraba el juego, el universo ralentizaba su expansión. Aquel fenómeno cósmico comenzaba cuando el primer seis doble golpeaba la tabla, bruñida ya y de un pardo antiguo: muchas habían sido las partidas y muchas las botellas, las risas, y algunas las desavenencias.

Parecía que las moscas intuyesen algo. Uno nunca sabe a ciencia cierta lo que piensan las moscas de taberna, aunque es seguro que saben más de lo que muestran.

El sol, entonces, se fundía con el polvo de fuera. El aire dejaba de correr y el pueblo entero esperaba a que acabasen. Los pocos comercios estaban aún cerrados, y las mujeres permanecían ocultas tras las contraventanas esperando la deliciosa lágrima diaria que les concedía la radionovela. Los que tenían edad de trabajar estaban en los campos, y solo los jubilados y las moscas eran los dueños de aquella hora. El único ruido era el de las fichas martilleando el tablero y el de las cuatro risas golpeando sobre el alma arrinconada y reseca del quinto viejo. Tal vez algún perro ajeno a todo aquello cruzaba la calle de albero buscando algo sin demasiado entusiasmo.

El quinto viejo apretaba entonces las mandíbulas y se echaba en la taza, vacía ya de café, otra cuota de aguardiente. Crisanto lo miraba intranquilo, restregando un trapo innecesario sobre la barra. El segundo era el trago que limpia la taza de los restos de azúcar, pero que no llega a limpiar el alma de los resquemores del desaire.

Las moscas revoloteaban dando vueltas en el centro, dibujando una y otra vez un torbellino mínimo, mil veces repetido, desdibujado y vuelto a trazar; testimoniando con el zumbido de sus alas la tensión que se liberaba en la tasca; como si estuviesen redactando un atestado.

Habían sido de la misma quinta los cinco viejos; fueron reclutados juntos para servir en Melilla dos años completos. Antes de eso fueron inseparables; habían vendimiado codo con codo por el mismo salario miserable y sembrado año tras año hasta hartarse; un año trigo y al otro girasol, para que no se agostasen las tierras del señorito. Se habían asado juntos bajo el mismo sol, y la misma lluvia había calado sus espinazos. Habían tenido las mismas novias y en alguna ocasión se habían partido la cara como solo saben hacerlo los grandes amigos. Pero, desde los años de Melilla,

nunca habían compartido un dominó con el quinto viejo. Y eso que el quinto viejo siempre fue buen jugador.

A pesar de estar de espaldas, los veía bien a través del espejo, entre las botellas de anís y las de brandy. A través del espejo había tenido tiempo de aprender cada gesto, de memorizar cada mueca, cada arruga. Cuando alguno de los cuatro faltaba a la partida, se sentaba de medio lado y esperaba, pero siempre preferían los otros tres dejar la cuarta silla vacía y, si les faltaba uno para la partida, optaban por sacar la baraja. Cualquier cosa antes que compartir con el quinto viejo.

Cada broma y cada celebración se le clavaba en la espalda como una pequeña saeta emponzoñada, y su veneno se filtraba en un laberinto de arterias y de venas, ramificándose en raíces cancerosas de rencor que cuajaban y se instalaban hasta en el más recóndito centímetro de su trasnochado cuerpo.

No tenían motivo para el desprecio ni era una cuestión de clases: todos eran igual de pobres. Todos en el pueblo eran iguales menos el señorito don Marcelino, el jefe de todos, el dueño de las cuadrillas y de las fincas, de los cortijos, de las yuntas, de las bodegas, del tentadero, de los silos, de la era, de la almazara, del ayuntamiento y hasta del cuartelillo.

No era su culpa si don Marcelino lo había elegido a él como capataz al volver del servicio. Algún favor le debía a su padre y de esa forma envenenada se lo pagó: convirtiéndolo en su mano derecha. Le tocó a él como pudo haberle tocado a cualquier otro. Todos saben que de haberse negado, habría tenido que abandonar el pueblo; nadie le decía que no a don Marcelino. Pero de eso hacía ya muchos años; ya todos eran demasiado viejos para el campo y eran sus hijos los que trabajaban para el señorito joven, el hijo de don Marcelino. Eran ellos los que se levantaban cada mañana a las cinco para tener la sementera adelantada antes del peso del sol.

Cada tarde, cuando después del aguardiente era la rabia la que ardía en su garganta, el quinto viejo se levantaba de su banco con los puños apretados como sarmientos y salía muy despacio de la taberna tras bufar una despedida sin mirar a nadie. Desde la calle escuchaba otra risa y sabía que era para él. Cada tarde, su

corazón se cuarteaba con una nueva rajadura de bordes incisivos, como los terrones de los campos resecos que se repetían hasta el horizonte.

Crisanto restregaba su trapo sobre la ausencia del rincón de mostrador que ocupaba el quinto viejo y movía la cabeza pensando que aquello no tenía arreglo, y las moscas, que sí sabían, continuaban su caligrafía del desasosiego.

Solo tenía que cruzar la calle para estar de nuevo en su casa.

La mujer del quinto viejo, al verlo atravesar la puerta con la quijada tensa y la bilis en la mirada, le decía que no fuese más por la tasca; que algo debía de tener el orujo de Crisanto, decía, para que le dejara tan mala sangre; pero el quinto viejo la hacía callar: qué sabría ella.

El quinto viejo siempre volvía a la cantina a la hora del dominó, y cada día su rencor se curtía más. Él nunca había hecho daño a nadie. Solo cumplió con su trabajo todos aquellos años y miraba por que los demás cumpliesen. Ya les advirtió que aquello del sindicato no era asunto que cuadrase con aquel pueblo y con el carácter de un señorito como don Marcelino, que tan bien lo había tenido siempre con todo el mundo: con los alcaldes del pueblo que ponía y quitaba a su antojo desde tiempos de la posguerra, con los señoritos importantes de Sevilla, con el clero... De sobra sabían que si alguno no trabajaba como se esperaba de ellos tenía que hacérselo saber al señorito para que pusiese orden; estaba en su cargo. Ya les advirtió que si el señorito tomaba más de la cuenta el día de la verbena y se arrimaba a alguna hembra que les gustaba, más les valía mirar hacia otro lado, esperar y callar. Él era de los suyos; no merecía el desaire de una muerte civil; de un destierro dentro del pueblo.

Pero hasta las moscas saben que todo tiene un límite. La idea se le instaló en la cabeza hacía ya dos o tres cosechas. No lo hizo antes porque sabía que tendría que elegir; que solo tendría dos cartuchos.

Aquella tarde limpió la taza tres veces hasta que Crisanto, que intuía algo, le retiró la botella. Entonces lo tuvo claro. Uno sería para el primero que se pusiese en pie, que un hombre —y más si un día había sido amigo— no ha de morir sentado. El

segundo ya se vería. Llevaría más cartuchos en los bolsillos, aunque sabía que ya no tendría reflejos para volver a cargarla.

Salió sin despedirse de nadie; fue la primera vez que ni siquiera amagaba un gruñido a modo de saludo, y los cuatro jugadores se miraron entre sí extrañados, y miraron a Crisanto.

Las moscas fueron las primeras en darse cuenta; deshicieron el nudo de aire y salieron a la calle.

El quinto viejo solo tardó dos minutos en cruzar la calle y volver con la escopeta.

Antonio Tocornal

NARRATIVA

Mademoiselle Pamele

Paloma Ruiz del Portal Muñoz

/ 2º premio /

Lunes.

Del interior de la sombrerera saca Anabel una majestuosa pamela negra. Con sumo cuidado le corta la etiqueta. El desorbitado precio es mareante, así que espanta el remordimiento agitando la mano, como si fuera una mosca. Frente al espejo, con la pamela incrustada, murmura un agradecimiento levantando la vista al cielo, como si Dios habitara en la lámpara. "Ojalá pueda observarme con indulgencia", se dice. A Anabel le fascinan los tocados excesivos y rotundos, son su debilidad, hasta tal punto que se hace llamar "*Mademoiselle Pamele*" en las páginas de citas y contactos para la búsqueda de pareja estable. Como quien busca un trébol de cuatro hojas confiado en que el hallazgo, de materializarse, le traerá una fortuna indescriptible, Anabel lleva años separando el trigo de la paja.

Por el momento, sólo ha encontrado paja.

Se observa. Un fruncido insolente le enmarca el labio superior sin que lo advierta. Tampoco aprecia –la miopía avanza sin piedad- el deslucido amarillear de sus dientes, ni las sinuosas varices que recorren sus piernas de rodillas mullidas como bizcochitos de supermercado. Si acaso, constata que su metro cincuenta de estatura ha quedado sepultado bajo la pamela, y que el conjunto podría evocarle una seta a una mente malévola. Así que repliega la incipiente barriga y se encarama a unas sandalias de tacón elevado. Por último, levanta la barbilla para disimular la papada y ensaya su pose de modelo Carrefour adelantando una pierna. La negritud que la envuelve -gafas de sol, pamela, batín de tul y bañador- le da apariencia de viuda *fake*, de irreverente Dolorosa, de apresurado disfraz de señora rica confeccionado para el carnaval. Pero Anabel -que de autoestima va sobrada, a pesar de los pesares- se congratula por ser la mujer deseable que le devuelve el espejo, una dama madura y elegante, adjetivos que ya se han vuelto sinónimos. De modo que dispara la cámara compulsivamente. La opulenta habitación del hotel, a su espalda, enmarca las instantáneas y realza aún más su porte. "Cuando la juventud se esfuma, es esencial la clase", sentencia directamente en voz alta, para no olvidar el primer mandamiento de su nueva religión. Alfonso, con el codo apoyado en la barandilla de la terraza, la contempla embelesado, pero no habla.

No puede hacerlo porque Anabel está sola y la presencia de ese hombre, que ya jamás la abandona, es sólo imaginaria. Hechas las fotos, Anabel se desviste despacio, retorna la pamela a su caja, se pone el pijama y se acuesta. Son las doce del mediodía y el sol se ha encaramado a unos nubarrones hostiles, venciéndolos, pero no tiene ganas de bañarse. Tras permanecer un rato mirando al techo -esta vez, sin un Dios generoso que lo habite- se decide por la foto más sensual y tras aplicarle todos los filtros de belleza posibles, la publica en Instagram. "¡Disfrutando del mar!", escribe. Luego silencia el teléfono, toma una pastilla de la mesita y reza para que el sueño la venza pronto.

Martes.

En la flamante piscina apenas hay bañistas y un camarero -el de siempre, piensa

Anabel- prepara cócteles detrás la barra. Cuando *Mademoiselle Pamele* lo saluda, inclinando levemente la cabeza, él le ofrece una sonrisa radiante. Agradar a la extraña mujer, menuda y de suaves modales, cuyas circunstancias vitales constituyen un misterio absoluto, se ha convertido en un hábito. La exquisita huésped, dueña y señora de pamelas imposibles, paga quinientos euros la noche por la mejor suite del hotel. Seis años lleva alojándose allí, invariablemente sola, cuando junio agoniza, pero no sabe nada de ella, salvo su nombre y que viaja desde la capital. Dado que es particularmente espléndida con las propinas, a pesar del trato altivo que le dispensa, agradarla constituye la servidumbre laboral más elemental de su contrato.

-Buenas tardes Rafael -dice Mademoiselle Pamele, dirigiéndose al empleado- me gustaría hacerme unas fotos en las palmeras, junto a la cascada. ¿Sería tan amable, si tuviera unos minutos...?

El camarero asiente con la cabeza, y sin dejarla terminar la frase, contesta raudo:

-Por supuesto señora, vamos allá.

Y abandona la barra de inmediato.

Miércoles.

Anabel coloca un cruasán y una flor amarilla sobre un plato de cerámica azul.

Odia los cruasanes por hipercalóricos pero la foto es hermosa y sugerente, de modo que la publica también en su Instagram. "¡Desayunando en el paraíso!", escribe.

A pesar del extenso reportaje fotográfico que lleva días publicando en las redes, Alfonso sigue sin picar el anzuelo –él, a quien consideró en su momento el más dócil de los peces- y este hecho obstinado la sume en un estado de creciente ansiedad. Al desasosiego se le une una mezcla de estupor y enfado que le resulta

muy familiar –demasiado- y que pronto mutará, como suele suceder, en dolorosa obsesión por el hombre en cuestión, escurridizo como todos, indescifrable y voluble hasta la exasperación.

Reclinada sobre la tumbona, mira a su alrededor. Hoy un fuerte oleaje azota la playa, de modo que la piscina está concurrida. A su izquierda, una pareja ha colonizado varias hamacas con toallas, bolsas y juguetes. Anabel los observa: mientras que el *pater familias*, de complexión atlética y rostro agraciado, se afana en dar juego a un niño pequeño, la que parece su esposa, anodina como un día de noviembre, relajada y ajena a su esfuerzo, se concentra en la lectura de un libro. Una punzada de envidia disgusta a *Mademoiselle Pamele*. Cuando el hombre, para colmo, se inclina y besa la frente de la lectora, la punzada se transforma en puñalada.

El desgarro es inminente y Anabel, rauda, se inclina sobre su bolsa para buscar los ansiolíticos. Pero suena el teléfono y la acción se estanca. Como si alguien hubiera pulsado la tecla de "pause", la película dramática cesa, y da paso a una alegre comedia romántica. Anabel lee y relee el mensaje de Alfonso, y mientras la mujer de noviembre bosteza, aburrida del libro, del marido y del niño llorón, Anabel se esfuerza en reprimir un grito de felicidad. En cuanto a su ridículo ataque de envidia, se ha derretido bajo un sol abrasador.

Jueves.

Mademoiselle Pamele abre los ojos y una embriagadora sensación de irrealidad la sacude: la vida se ha vuelto extrañamente perfecta. Esta anomalía del destino, esta tara en el ADN de su vacua existencia, condenada a ser efímera, la obliga a hacer cálculos mentales –veintisiete horas restan para el encuentro con Alfonso- y concluye que debe exprimirlas al máximo para beberse hasta la última gota de ese jugo feliz. Sin embargo…la cuestión del dinero la turba.

Como lo haría esa pequeña astilla de apariencia invisible que se nos clava en la uña y molesta a ratos, el asunto monetario impide que la dicha sea completa. Anabel,

temerosa de que un cambio de escenario pudiera frenar el ímpetu de Alfonso -claramente subyugado por el rutilante decorado que lleva días exhibiendo-, ha prorrogado artificialmente su estancia en el hotel, y con ella, un gasto titánico que ya no puede permitirse.

Porque sin apenas ser consciente de ello, *Mademoiselle Pamele* ha dilapidado en muy poco tiempo la herencia de Josefa y Antonio, sus padres, emigrantes y pobres, que regresaron de Suiza con cuatro cuartos y compraron dos finquitas de secano en Colmenar de Oreja, provincia de Madrid, con el sueño –felizmente cumplido- de dedicarse al cultivo de ajos. Ciento veinte meses lleva huérfana Anabel, huérfana y sin marido, porque todos sus seres queridos, también Javier, viajaban en el automóvil que se salió de la calzada para evitar al camión que, en cualquier caso, acabó embistiéndoles la última semana de aquel fatídico Junio. Lleva tres mil seiscientos días de soledad y despilfarro obstinada en la búsqueda frenética del hombre adecuado con el que formar una nueva familia capaz de borrar, por completo y para siempre, los contornos de la antigua.

En realidad, se repite *Mademoiselle Pamele* una y otra vez, tampoco pide un milagro. Cuando se compara con sus amigas, mujeres que verbalizan complejos y etéreos anhelos respecto a los hombres –"comunión espiritual" "almas que se rocen", "corazones que hablen el mismo idioma"- se congratula de no aspirar a sensaciones tan ambiguas y enigmáticas. Ella sólo quiere un compañero de vida físicamente agraciado, dispuesto a un compromiso formal y económicamente solvente. Es ese pragmatismo el que la ha llevado a malvender las tierras e invertir el dinero en la búsqueda del mirlo blanco. Porque dicho sujeto jamás apareció en los lugares donde ella trabajó habitualmente, y si lo hizo, jamás se dignó a mirarla con los ojos del amor, que al fin y al cabo, necesitan unas pupilas capaces de admirar al ser amado. En los bares de los hospitales donde pasó largas jornadas calentando tapas de magro con tomate en el microondas, o sirviendo cafés con sacarina -cuando en realidad el cliente quería azúcar (o viceversa)- *Mademoiselle Pamele* sólo encontró pretendientes que no estaban a la altura de su valía, esa que ella, aunque no pueda acreditar en modo alguno, sabe que posee. En su último trabajo, una cafetería de barrio en la que recitó cada día los platos de un menú a siete euros, acabó hastiada de una testosterona de uñas negras y monos de trabajo manchados de grasa o de pintura

a la que no molestaban ni las desquiciadas máquinas tragaperras, ni las vociferantes televisiones permanentemente encendidas.

El plan para un cambio de vida había comenzado a gestarse el tercer año que trabajó en un restaurante de carretera limpiando baños, empleo que logró recién despedida de la gasolinera y gracias a un cliente simultaneo de ambos negocios contiguos. La miopía, entonces, no era severa y una fría mañana, mirándose al espejo que colgaba sobre un lavabo maloliente que ella rociaba con lejía, supo que el tiempo apremiaba de manera irrevocable. Cada arruga –y ya exhibía unas cuantas- suponía una papeleta menos en la tómbola de la fortuna amorosa. Decidió que malvendería las fincas rústicas -sin esperar a la exultante recalificación urbanística que nunca llegaba- y se transformaría, sin demora, en el tipo de mujer del que se enamora el hombre que ella creía merecer.

Así fue como metamorfoseó por completo su cuerpo, su rostro y su fondo de armario, mudándose, para más inri, a un coqueto apartamento de alquiler en un barrio residencial. Reinventada, *Mademoiselle Pamele* -que decía haber regentado una exclusiva boutique en el pasado, no trabajaba en la actualidad por la sencilla razón de que "no le hacía falta". El ardid había surtido efecto: rozó el cielo con la mano un par de veces –la primera "él" era cirujano, la segunda, arquitecto-. Pero ambas presas habían terminado huyendo por razones poco claras. Tan opacas, en definitiva, como su nebulosa biografía. A Anabel le mortificaba la idea de que, por más que se hubiese embadurnado con el barniz del refinamiento adecuado, la brocha empleada continuara siendo demasiado gruesa.

Ahora, para colmo, el dinero escasea en la cuenta corriente y ni siquiera tiene un trabajo modesto con el que poder sostenerse. Alfonso –empresario de éxito, divorciado, hijos ya criados- constituye, con una certeza demoledora, su última oportunidad.

Mademoiselle Pamele aparta la constante amenaza intimidatoria con el manotazo acostumbrado y se esfuerza en visualizar –*carpe diem*- los placeres que la aguardan en los próximos días: desayunos de ensueño en un lecho compartido, la embriaguez de una bañera espumosa y perfumada, cenas exquisitas a la luz de las

velas, apasionados besos junto a las rocas y como broche de oro, quien sabe, tal vez esa promesa de amor eterno que ansía y que la vida, una y otra vez, le arrebata con inquina y hostilidad manifiesta.

Le cuesta. La presión del ultimátum, pegajosa como un chicle enredado en los dedos, vuelve a sacudirla, de modo que termina por abrir la mesita e ingerir la pastilla mágica. Cuando consigue calmarse, decide concentrarse en algo práctico y empieza por abrir el armario. Experimenta con múltiples combinaciones de ropa, interior y exterior, hasta dar con el conjunto adecuado para cada ocasión. Más tarde, almuerza una manzana y dos kiwis –el vientre debe estar lo más plano posible-, pide cita en la peluquería del hotel, revisa su depilación integral y decide, al caer la tarde, regalarse un masaje para sosegar los alborotados ánimos. Antes de subir a su habitación pasa por recepción y encarga para el día siguiente orquídeas y champán en cubitera de hielo. Y ya en la suite, se asegura de que haya existencias suficientes de aceite para masajes y sales de baño.

Por su parte Alfonso -cincuenta y tres años recién cumplidos- no cesa de enviarle mensajes al teléfono móvil. Contienen textos entusiastas cuajados de palabras rimbombantes como "diosa" o "princesa" alternados con viejas canciones melódicas, versos edulcorados, paisajes de calendario y un sinfín de corazones palpitantes.

Jueves.

Con una hora de adelanto sobre la acordada y sin anuncio previo, llega Alfonso al hotel conduciendo un vehículo Mercedes, blanco y sinuoso, pero también macizo como un ramo de hortensias. Pasan diez minutos de la una de un mediodía radiante y Anabel, que aún no se ha vestido, y peor aún, ni siquiera se ha maquillado, no da crédito al hecho de que su galán esté llamando a la puerta, aporreándola más bien, y su aspecto no esté a la altura de las circunstancias. Sin corrector de ojeras, sin medias reafirmantes –a pesar del calor-, con el pelo encrespado y algo húmedo y las sandalias de tacón sin estrenar en una caja del armario, se siente indefensa y ridícula,

tan perdida como un barquito a la deriva. Pero la insistencia del recién llegado *la obliga* a abrir la puerta, de modo que lo hace, sonriendo bobamente y aparcando los reproches debajo de la alfombra. En el pasillo, Alfonso ha esperado a que abriese con las manos vacías –ella ha creído que traería algo, aunque no pudiera precisar el qué- y tiene el rostro sudoroso, a juzgar por los brillos que lo adornan.

A Anabel le da tiempo a constatar que aunque su estatura es menor a la que las fotos parecen otorgarle y su cabeza un poco más calva, en conjunto sigue siendo apto para sus exigentes estándares. Como está rabiosamente enamorada –así se considera- es incapaz de advertir que el recién llegado parece un dandi de attrezzo. Acorralado por unos zapatos relucientes y un pantalón arrugado, embutido en una chaqueta abotonada que radiografía fielmente la grasa de su espalda, y circundado por un perfume asfixiante que lo acosa como un enjambre de mosquitos rodearía una farola, todo en él resulta forzado. Pero Anabel sólo es capaz de concluir –salta a la vista- que los zapatos, el atuendo y la fragancia tienen un precio elevado, resultándole el dato, en definitiva, muy prometedor. Y ahí concluye todo su análisis, porque Alfonso, sin mediar palabra, se abalanza sobre ella y comienza a bajarle los pantalones y subirle la camiseta, atropelladamente y sin método. Entre resuello y resuello, le susurra lo interminable que se le ha hecho el viaje: trescientos ochenta y siete kilómetros de carretera y una sola obsesión: "catar" –tal es el verbo que emplea- el "cuerpecito de su sirena". Anabel, sorprendida por el brío de su partenaire, incapaz de refrenar el ímpetu conquistador que lo ciega, entre beso y beso mal dado, protesta y replica tímidamente que tienen reservada una mesa a las dos y cuarto, que dispone del tiempo justo para arreglarse, y que el restaurante se halla en el puerto viejo, donde no es fácil aparcar.

Sus argumentos –expresados sin convicción y menos aún, firmeza- contrastan con el fuelle del toro embestidor, con la determinación con la que se desenvuelve mientras resopla y jadea. Alfonso ha resultado ser, reflexiona Anabel, un hombre muy fogoso, pero también un fumador empedernido al que la boca le apesta a tabaco.

Mademoiselle Pamele, contrariada por perder la mesa en el local de moda –"con el trabajito que me ha costado conseguirla, dada la lista de espera, que si no es por Rafael, el amable camarero que siempre está dispuesto a complacerme, hubiera

resultado imposible"- acaba por resignarse. Al fin y al cabo, *su última oportunidad* para ser feliz ha conducido *infinidad* de kilómetros para estar con ella. Que la desee de ese modo animal *debería* halagarla, no lo contrario, así que vencida su reticencia inicial, (inconsciente, espontánea, y seguramente ridícula) consigue dejarse llevar (¡por fin!) y aplasta su boca contra la de él buscando la lengua. Alfonso llega a sus labios claramente agotado, tras haber recorrido varias veces su cuello y sus senos, pero aun así, se los bebe como un ermitaño se bebería el agua de un desierto.

Aunque las cortinas están descorridas y una luz cegadora inunda la habitación Alfonso parece no darse cuenta de sus ojeras, sus manchas en la piel, sus varices, sus arrugas, sus estrías y toda la flacidez incipiente que desluce su anatomía, de modo que Anabel, preocupada también por todo esto, consigue calmarse del todo, *obligándose* a disfrutar de un sexo exprés y caótico que *debe aceptar* como inevitable una vez más. Porque así son los tiempos actuales y la gazmoñería y los remilgos puritanos están pasados de moda. Ella podrá ser acusada de muchas cosas, pero jamás de no comportarse como una mujer moderna.

En ese instante, Alfonso la coloca de espaldas sobre el colchón y la penetra varias veces con furia, pero al cabo de un par de minutos cesa sus movimientos por completo y Anabel, que no entiende la causa de la parálisis, se gira para mirarlo. Enseguida descubre que no ha conseguido la erección suficiente.

-Esto no funciona- sentencia Alfonso.

La repentina confesión, sin prolegómenos explicatorios, sin resquicio alguno para la esperanza, suena como una bofetada. El hombre fogoso se ha vuelto de hielo, así que se incorpora, se sube los pantalones-que ni siquiera se ha quitado por completo- y sin propósito alguno de querer revertir la situación, anuncia que se marcha.

Alarmada, *Mademoiselle Pamele* abandona su letargo, claramente pasivo, y concluye que *debe* ponerse manos a la obra. No pierde un segundo de tiempo y utilizando las manos para endurecer el miembro de su amado –y después la boca y hasta los propios senos, abundantes y caídos- hace todo lo posible por lograr y

mantener una erección. Pero Alfonso, completamente ofuscado y con visible mal humor, está deseando rendirse, de modo que se sube los pantalones de nuevo –esta vez por completo - y se encamina, sin más, hacia la puerta de salida.

-¿En serio te vas?-pregunta Anabel con un hilo de voz, cubriendo su interminable orfandad con la cortina de la ventana.

-No eres como en las fotos -responde él- esperaba *otra cosa*.

Incapaz de procesar la información que su cerebro le transmite, *Mademoiselle Pamele* quiere añadir algo, pero no sabe qué. Se limita a voltear su rostro humillado, encendido de rabia, y a dejar que su vista vague tras el cristal. Abajo, en la rutilante piscina, el amable Rafael continúa imperturbable detrás de la barra, la mujer insípida como un mes de noviembre juega con su hijo, y su propia tumbona, vacía en señal de duelo, parece esperarla sin remedio.

Cuando Alfonso cierra la puerta y se desvanece como una sombra silenciosa que jamás hubiera existido, Anabel permanece inmóvil durante diez minutos, como si un rayo la hubiese alcanzado y la descarga la hubiera privado del último aliento de vida. Pero pasado este tiempo -en el que no ha dejado de mirar la piscina- se recompone a duras penas, y tras colocarse la pamela negra con un ligero temblor de manos, deja la habitación ella también para darse un baño.

Viernes.

Amanece y el hombre acaricia dulcemente su espalda, de forma incansable, mientras Anabel, tumbada boca abajo y con los ojos cerrados, se deja arrullar por una ternura ya olvidada. De vez en cuando, siente sus labios en la oreja, y un luego un vaho caliente en forma de sandez acerca de todos los años que lleva enamorado de ella en silencio. "Señora, yo no debería estar en su habitación, pero ha sido la noche más feliz de mi vida". Anabel mira de reojo su espantoso uniforme de camarero, tan horrible como lo fueron antes todos los suyos, y no puede soportar la visión de

la vasta tela pulcramente doblada sobre una silla. Rafael, por su parte, con los ojos brillantes de dicha, le pregunta si quiere que vuelva cuando su jornada termine.

Mademoiselle Pamele, hundiendo su cara en la almohada para enjuagar las incipientes lágrimas, contesta que sí, que por favor no la deje sola.

El empleado del hotel da un brinco entusiasta y comienza a vestirse: la piscina le espera.

Y sin darse cuenta, flotando como va, pisa al salir la pamela negra, que ahora yace aplastada sobre la alfombra.

Paloma Ruiz del Portal Muñoz

ALUMNADO DEL COLEGIO PÚBLICO SAN FRANCISCO JAVIER

La búsqueda de los amigos de luna

Érase una vez hace mucho tiempo en un bosque encantado y oscuro vivía una loba que se llamaba Luna y tenía muchos amigos. Pero sus amigos habían desaparecido en el bosque e iba a buscarlos.

Un día se puso a trabajar para buscar a sus amigos. Salió de su cueva y se encontró una caseta y había dentro una bruja vieja cocinando.

Primero, fue a buscar a su amigo el zorro Leo y lo encontró en un agujero grande y oscuro. Tenía miedo y hambre y cuando vio a su amigo se puso contento.

Después, fueron juntos por el río a buscar al erizo Juan, vieron una casa encantada y entraron porque oyeron música.

¡Sorpresa! Allí estaba su amigo el erizo.

Más tarde, fueron a buscar al loro Lolo por un camino de tierra muy grande y lo encontraron bañándose en el río.

Todos juntos fueron a casa de la loba Luna e hicieron una fiesta con música y bailaron toda la tarde. Cuando terminaron de bailar, se compran unas bolsas de chuches y se las comieron.

Ya estaban todos muy contentos por poder estar juntos.

Y... colorín colorado este cuento se ha acabado.

Alumnado de 1º A

La reina Elena

Había una vez hace 3.000 años una reina que vivía en un gran castillo de oro y colorines que también tenía cañones.

Su nombre era Elena y sus ojos eran de los colores del arcoíris. Tenía el pelo largo y rubio, era muy morena de piel y de estatura media.

Le encantaba llevar una corona dorada con gemas de color verde.

Un día se fue al bosque y se encontró una bruja buena y fea. Se llamaba Gunilda. Pronto se hicieron amigas y la bruja le contó un secreto: le dijo el código de la puerta de su casa, que era 148. Así, podía entrar cuando quisiera a la casa encantada de Gunilda, que era de color marrón.

Más tarde, Elena fue a la casa de la bruja y descubrió que tenía un unicornio grande y de los colores del arcoíris. Era mágico porque podía hacer feliz a todo el mundo y todos le querían...

Y colorín colorado este cuento se ha acabado.

Alumnado de 1º B

El fantasma de la selva

Érase una vez un fantasma llamado Fantasmi y que vivía en la selva. Tenía 100 años porque los fantasmas viven para siempre. Fantasmi estaba triste porque no tenía amigos y tenía ganas de hablar con alguien.

Un día Fantasmi se encontró con un mono. Le preguntó si quería ser su amigo y este le dijo que sí. Desde ese momento se prometieron que serían amigos para siempre.

El mono acabó casándose, teniendo 4 hijos: Juanito, Seguncizo, Tercerizo y Cuarti y dejando la selva.

Fantasmi se preguntó que había en la selva y decidió entrar en ella. Se encontró con el tigre, el león, el elefante y muchos otros animales más. Al final encontró un pueblo de fantasmas como él y allí estaban la mona, el mono y sus hijitos e hijitas. Hicieron una fiesta y el fantasma se casó.

Gonzalo Romero, Adrián Urbiola, Vania Muguía y Leire Sancho, 2º A

El fantasma perdido

Erase una vez un fantasma que vivía en un castillo encantado. Se llamaba Rotam y le encantaba asustar a gente.

Un día unos cazadores de fantasmas le encontraron y se fue corriendo perdiendo las llaves.

Volvió a ver si estaban sus llaves por todo el bosque, pero no las encontró.

Más tarde cuando llegó a casa miró por la ventana para ver si estaban los cazadores, pero había trampas para fantasmas que habían puesto.

Al final, el fantasma atravesó las paredes para poder entrar a casa y desactivar las trampas. Las llaves estaban encima de la mesa.

Cloe Sánchez, Martín Noreña y Eva Sancho, 2º B

El fantasma que no podía dormir

Érase una vez un fantasma llamado Fantasmita.

Un día se fue a la playa de vacaciones. Fue a bucear y encontró una cueva acuática secreta.

Le gustó mucho esa cueva porque había nenúfares, corales de colores y caballitos de mar. Además, se podía pintar en ella.

Más tarde, se encontró un pasadizo secreto con una puerta donde había un spa y lo probó.

Al final, se relajó tanto que se iba a dormir, pero no podía porque los caballitos le molestaban.

Irati Verano, Hodei Guedes, Leví Martínez y Eva Fernández, 2º B

El misterio del diamante

Érase una vez dos gemelos robots llamados Franqui y Fran. Vivían en Bicsiti y les gustaba vivir grandes aventuras.

Un día fueron de excursión a una cueva y decidieron quedarse a vivir en ella. Al lado de la cueva había un bosque.

El hada del bosque les llevaba comida de un árbol mágico.

Encontraron un diamante dentro de la cueva y se lo quedaron. Los hermanos estaban muy contentos porque les encantaba la naturaleza.

Al final hicieron muchos amigos animales y gracias a su ayuda y al poder del diamante mágico pudieron regresar de nuevo a casa.

Noa Clavijo, Marcos Álvarez, Pedro Ruiz y Natalia Sancho, 2ºA

El vampiro contra las hadas

Las hadas estaban tranquilas en su castillo cuando de repente un hada estaba limpiando el sótano y vio una sombra con unos colmillos muy grandes. Después de mirar las sombras, se acercó a ella y tenía los ojos rojos y se dio cuenta de que era el jefe de los vampiros. El hada se asustó y subió corriendo y llamó a las hadas. Se dio cuenta de que eran buenos y se hicieron amigos.

Meryem Atmani, Bilal Abakhti, Daniel Jiménez y Carmen Izal, 3º

Luis y la play maldita

Luis estaba jugando a la play y de repente empezó a soltar chispas. Luis se asustó porque empezaron a salir unas garras afiladas y unos dientes muy grandes.

Luis salió corriendo y gritando ¡¡¡¡¡Socooorrrooo!!!!!!

¡¡¡¡¡Ayuuudaaa!!!! Me persigue un dinosaurio.

Luis encerró al dinosaurio en el jardín. El dinosaurio se durmió en la hierba y cuando Luis salió a ver al dinosaurio vio que estaba dormido. Luis aprovechó para hacer una máquina del tiempo para mandar al dinosaurio a su época.

Gonzalo Ripa, Sebastián Rodríguez y Claudia Romero, 3º

La princesa y los ninjas

Érase una vez una princesa que se llamaba Carolina y unos ninjas que le querían secuestrar. A la princesa le gustaba el tercer ninja que se llamaba León. Pasó un año y se casaron y ya no le querían secuestrar los ninjas. Cuatro años más tarde tuvieron dos hijos que se llamaban Alfonso y Nacho. Y los hijos crecieron y tenían 18 años cuando se sacaron el carnet de conducir. Su padre les regaló un coche que era un BBV. Y tuvieron un accidente, cuando llegaron a casa heridos sus padres estaban preocupados por los dos hijos. Y se recuperaron y los padres les querían mucho a los dos hijos.

Raquel Fernández, Jayro Dos Santos y Marcos Añibarro, 3º

La bruja y el gato con un diamante robado

En un valle vivía una bruja que vivía con su gato negro y un diamante azul. Un día salieron a la calle y les robaron el diamante azul... y de repente entró un ladrón a la cueva de la bruja y tiró un bote de hígado. Se oyó el tarro de cristal cuando se dio cuenta la bruja y el gato negro, el ladrón huyó hacia el cuarto de la bruja y lo vio. Lo convirtió en rana y le puso el nombre Flopi y estuvo con él muchos años hasta que un día vio la bruja a Flopi muerto. Hizo un conjuro para revivirlo y lo revivió. Así fueron felices y comieron perdices.

Aroa Rodríguez y Lucía Pascual, 3º

El misterio de la casa blanca

En una ciudad de Inglaterra vivía una reina llamada Isabel II, que vivía en una casa conocida como la casa blanca. De repente empezaron a faltar objetos. La reina ordenó ir a unos guardianes a por los objetos robados.

Los guardianes encontraron los objetos robados, pero cuando iban en sus vehículos los objetos desaparecieron, y cuando llegaron a la casa blanca no encontraron los objetos en los maleteros.

Pasaron muchos días, y poco a poco fueron desapareciendo más objetos. Al cabo de siete meses encontraron a los culpables. ¡Eran unos animales! Al fin y al cabo, no les podían hacer nada. Como eran tan monos les perdonaron y les regalaron y los adoptaron. Les habían comprado unas jaulas gigantes.

Y vivieron felices y comieron perdices.

Pablo Martínez de Espronceda Basarte y Alexandru Ioan Castaian, 4º

Frew el conductor

Érase una vez un niño que le encantaban los coches y siempre iba a los rallies de coches. Su padre era mecánico y siempre por las mañanas iba a visitarle. Llegó el día en que su padre y su madre se querían mudar a los Ángeles. La casa era una mansión.

Pasaron los días y Frew se quería apuntar a una academia de coches. Llegó el día de ir a la academia y llegaron las 5:00. Fue y había mucha gente. Aprendió un montón, pero los niños se reían del él todos los días.

Pasaron los años y se hizo mayor y se compró un Mustang. Se apuntó a una carrera y se apuntaron algunos compañeros. La carrera empezaba a las 4:30 y ya eran las 4:00. Se preparó para la carrera. Empezó e iba ganando un irlandés. La carrera eran dos vueltas y cuando llevaban una vuelta y media iban empatados. Su enemigo por un momento le ganaba, pero Frew remontó y ganó.

Colorín colorado este cuento se ha acabado.

Rubén Martínez Gurrea, 4º

La niña que descubrió el país de las nubes

Había una vez una niña llamada Noa. Todos los días iba con su hermano al colegio y pasaba el resto del día con sus abuelos. Un día notó un dolor fuerte en la espalda y se lo dijo a su abuelo. Su abuelo le dijo que estaría creciendo, pero unos días después notó que tenía plumas y eran... ¡Alas! Noa no se lo podía creer, pero eran alas de verdad. Les dijo a sus abuelos y no sabían cómo podía ser. Intentó volar durante meses hasta que lo consiguió.

Voló tan alto que llego hasta las nubes y noto algo en una nube gigante, había gente y edificios. La gente de la nube no sabía cómo llegó hasta ahí, pero Noa hizo amigos.

Después Noa fue al ayuntamiento de Mendavia y les informó sobre el suceso. Prepararon aviones y avionetas y fueron a la nube. Era verdad lo que Noa les contó. Noa se hizo famosa en el mundo.

Noa Ruiz Moussier, 4º

Las ardillas mágicas

Érase una vez en un poblado secreto en un bosque había muchas ardillas mágicas que podían aparecer y desaparecer. Todos los días se levantaban tan temprano que se acostaban a las cinco de la tarde. Las ardillas se levantaban tan pronto para hacer casas de madera.

Pero un día ocurrió algo rarísimo. Una de las casas se rompió con casi todas las ardillas del poblado. Las ardillas que se habían caído no habían muerto ninguna, y encontraron un diamante bajo tierra. Con el diamante conseguido hicieron una cuesta de diamante que iba al poblado y podían bajar y subir.

Bajo tierra construyeron un poblado, y finalmente todas las ardillas llegaron al poblado de la superficie.

Asier Mayayo Lecumberri, 4º

El niño ratón

Un niño fue a visitar a un científico loco que tenía muchas pócimas. El niño, sin permiso, bebió una poción. Una semana más tarde seguía sin pasar nada, pero a la semana siguiente el niño se notaba raro.

Empezaron a salirle orejas grandes y pelo por todo el cuerpo. El pelo era gris como una sartén. Días más tarde, tenía una cola gigante y una nariz de rata.

Su madre estaba muy preocupada, llamó a un médico para ir al hospital. Mientras tanto el niño iba encogiéndose poco a poco hasta llegar al tamaño de un ratón.

El niño, decidió irse de casa y conocer a otros ratones ... No sabía por qué pero lo tenía que hacer. Entonces salió a ver mundo...

Conoció a cinco ratones:

- El primero fue Alfred. Era un ratón muy comilón... Se pegaba el día moviendo sus papos y olisqueando por todos los sitios.

- La segunda se llamaba Juana y era muy forzuda. Todos le llamaban para entrenar a judo.

- El tercero, se llamaba Tomás y era muy listo, tanto que casi no dormía por las noches... venga a leer y leer y leer libros y más libros.

- La cuarta era Tamara y le encantaba cocinar. Era una cocinera de 10. Tenía 2 restaurantes ratunos debajo de la casa de la abuela Jeremía.

- El quinto y el más rockero se llamaba Lucas y tocaba todos los instrumentos, pero sobre todo la batería. Con dos palillos y un tapón de botella. Su grupo se

llamaba: "Muerte a los felinos" y triunfaba en las callejuelas de toda la ciudad.

Los 5 y el niño, que se llamaba Juan Simón, decidieron juntar sus aficiones y hacer una escuela a la que estarían invitados todos los roedores que quisieran.

Tomás, el listo, tuvo una gran idea. Iba a dar clases para aprender inglés y Tamara les haría la comida. Alfred probaba toda la comida y animaba a los demás a comer.

Lucas dijo que en la hora del patio cantaría varias canciones y tocaría con su banda. Y Juana, daría las clases de Educación Física.

Por último, Juan Simón era el encargado de contar historias a todos los demás.

Entonces, inauguraron la escuela y los 500 ratones que fueron le dieron un 10 sobre 10 a la gran escuela ratuna.

Eloy Zaduendo Carrasco, 5ºA

La niña que persiguió su sueño

Había una vez una niña llamada Lucía, Lucía quería ser escritora, pero sus padres no la dejaban porque decían que siendo escritora no triunfaría en la vida.

Le decían que no ganaría dinero para comprarse una gran casa, un gran coche, joyas... Así que decidió hacerle caso a sus padres y estudiar arquitectura, pues su padre poseía un gran estudio de arquitectura. Pero ella no era feliz en su trabajo. Pasaron los años y seguía estando infeliz. Después de unos meses se dio cuenta de que ese no era su sueño, sino su sueño era ser escritora. Hizo todo lo que estaba en sus manos para hacer una carrera en la literatura. Pero sus padres no estaban de acuerdo con ella porque sabían que no iba a triunfar en la vida, pero ella siguió adelante. Por fin publicó su primer libro lo que le hizo aún más feliz.

A ella le daba igual lo que dijesen sus padres. A ella le importaba más ser feliz.

Por fin, sus padres lo comprendieron y le dijeron que estaban de acuerdo con que fuera escritora.

Lucía sacó millones de libros y tres novelas. Gracias a la escritura, ella fue feliz para siempre.

Carla González Aramendía, 5ºA

Nos mudamos

En un pueblo llamado Altea, no muy conocido de España, vivía una mujer llamada Eira Garza que tenía 50 años, 1 hija y 2 hijos, llamados: Cristel, Eber y Chay. Los chicos son mellizos y tienen 14 años.

En Altea pasaban muchas cosas raras como tormentas muy fuertes, terremotos y granizos muy fuertes. Eira tenía pensado en mudarse, pero no tenía demasiado dinero para comprar una casa. Quería trabajar y ahorrar para comprarla. Después de 2 años, y de trabajar mucho, ahorró 50 mil euros y pudo comprarse una casa en Mendavia, que era muy bonita. Cristel, Eber y Chay hicieron amigos en el instituto muy rápido.

Después de un año, Cristel quería volver a Altea porque echaba de menos a sus amigos, a su casa, etc... Así que Eira les dijo que se iban a ir este verano a Altea a pasar las vacaciones y en septiembre iban a volver. Cristel, Eber y Chay se pusieron muy contentos, pero la que más fue Cristel.

Cuando ya acabaron las clases, se fueron a Altea y se lo pasaron genial. Cuando iban a irse otra vez a Mendavia empezaron a llorar pero Eida les dijo que todas las vacaciones regresarían a Altea.

Asmaa Said, 5ºA

Un halloween misterioso

Halloween es una celebración muy conocida en todo el mundo.

Es la noche del 31 de octubre y los niños se lo pasan genial pidiendo chuches de casa en casa ... todos, menos un grupo de niños que creo que no opinan igual.

Un grupo de 20 niños iban pidiendo golosinas muy felices y un niño llamado Javi les contó una historia de una vieja casa que estaba en el bosque. Entonces, comenzó a contar la historia:

- Hace unos años, unos niños salieron la noche de Halloween para pedir chuches a la vieja casa y solo volvió uno. El niño que volvió estaba super aterrorizado, le contó a todo el pueblo lo que le había pasado. Nadie le hizo caso. Todos pensaron que eran cosas de niños, todos menos una niña de trece años llamada Nadia.

Nadia le dijo al niño que le creía porque a ella también le había pasado lo mismo. Sus amigos y ella también habían ido a esa casa y solo volvió ella. Los dos quedaron en hacer como si no hubiera pasado nada y quedaron en olvidarlo.

- Y... ¡fin...!-dijo Javi.

Los demás niños pensaron que eran historias del pueblo para que los padres no dejaran ir a los niños al bosque.

Así que , fueron hacia la casa del bosque y tocaron la puerta. Esperaron pero no abrió nadie. Carlota, una niña muy atrevida, les dijo que la puerta ya estaba abierta. Cuando entraron se encontraron varios escenarios y... de repente... POOMM!! Se cerró la puerta.

Todos los niños gritaban:

-¡Tengo miedo, socorrooooo, quiero salirrrr, ayudaaaaa!!!

Carlota dijo:

- ¡Estamos encerrados!

- No podemos salir!- dijo Iván.

-¡HOLA NIÑOS!

- ¿Quién ha dicho eso? Se preguntaron los niños.

-HE SIDO YO...

-Otra vez... la voz- dijo Alex.

Miraron al techo y...¡¡¡¡había una pantalla con una cara!!!

-¡HOLA NIÑOS, ¿LISTOS PARA JUGAR?

- Vale... dijeron todos.

-IR AL PRIMER ESCENARIO.

Los niños le hicieron caso y fueron al primer escenario.

-Wowwww!!!!.. es una selva preciosaaaaa!!

-GRACIAS, TENÉIS QUE BUSCAR Y ENCONTRAR LA LLAVE PARA IR A LA SEGUNDA SALA.

Los niños buscaron por toda la sala hasta que Irene encontró la llave en la boca de una figura de un león. Fueron todos a la segunda sala y había un círculo con figuras extrañas en el centro.

- ¿Qué es esto?, dijeron todos.

- TENÉIS QUE ENCONTRAR LAS FIGURAS DEL CÍRCULO QUE ESTÁN EN LAS DEMÁS SALAS.

Fueron a la tercera sala, parecía un desierto, buscaron y buscaron hasta encontrar un cubo al lado de un cactus.

- ENHORABUENA , HABÉIS ENCONTRADO EL CUBO.

- Vamos a la segunda sala y ponemos el cubo en el círculo- dijeron los niños.

Fueron a la cuarta sala, era una granja, buscaron por los comederos de animales, por los establos, ... hasta que finalmente encontraron un triángulo entre la paja.

- ENHORABUENA , HABÉIS ENCONTRADO EL TRIÁNGULO.

- Vamos a la segunda sala y ponemos el triángulo en el círculo.

- Solo queda una sala, vamos a entrar- gritaron emocionados todos los niños

Entraron y era un iceberg.

Buscaron y buscaron y encontraron un círculo al lado de una figura de pingüino.

- ENHORABUENA , HABÉIS ENCONTRADO EL CÍRCULO.

Fueron a la segunda sala pusieron el círculo y salió la llave de la casa.

- ENHORABUENA PODÉIS SALIR.

- Bien, viva, bien- dijeron los niños.

Salieron de la casa, se reencontraron con sus padres y...

Diego Zaduendo Carrasco, 5ºA

El zoo

Érase una vez una niña llamada Claudia que tenía una mejor amiga llamada Martina que era científica, Martina encontró un libro de su abuelo que también era científico. En el libro ponía una fórmula para viajar a Venus, que es el sueño de Martina. Pero necesitan saliva de elefante. Claudia no quería ir al zoo porque le dan pena los animales porque están encerrados. Cuando Martina convenció a Claudia para ir al zoo, enfermo con mucha fiebre y dolor de garganta, Martina espero a que se recuperara para ir. Cuando se recuperó fueron al zoo y Claudia quería saber cómo iban a conseguir la saliva de elefante porque los elefantes eran enormes y no podían llegar hasta su boca, pero Martina llevaba en su mochila un invento suyo para que el elefante sacaría la saliva y Claudia tenía que cogerla con un tarro de cristal. Al final consiguieron la saliva y Martina pudo cumplir su sueño de ir a Venus.

Sara Sainz, 6º

Las botas mágicas

Érase una vez, un niño que iba para su casa y al lado del contenedor encontró unas botas viejas de fútbol.

Las cogió y se las llevó a su casa. Las enseñó a su madre y le preguntó si podía quedárselas.

Porque le gustaron mucho y el jugaba al fútbol en el equipo de su pueblo. A Mark le encantaba el fútbol, jugaba de delantero, era uno de los mejores del equipo.

Su madre le dijo que no se las quedaría y el niño se enfadó mucho. Al día siguiente tenía que haberlas tirado a la basura, pero no las tiró. Las limpió y las guardó en su mochila para que no las viera su madre y se las quitaría.

Un día de entrenamiento se las enseñó a sus amigos y no les gustaron porque decían que eran viejas. A él le dio igual lo que pensaran sus amigos, pero él entrenó con ellas.

Llegó el día del primer partido de liga y Mark llevó sus botas, él pensaba que podían darle suerte, igual eran de algún jugador famoso.

Comenzó el partido, para el minuto 3 metió gol Mark. Él estaba feliz, pero lo bueno es que metió 2 goles más. Las botas le habían dado suerte, sus amigos no se lo podían creer, al final se las llevó a todos los partidos y a sus amigos le gustaban.

Iván Martínez, 6º

Los perritos de M...

Érase una vez un niño que su nombre empezaba por M... Era muy despierto y tenía 6 años. A M... le encantaban los perros y por su cumpleaños le regalaron una perrita negra muy juguetona. A M... le encantó el regalo y le puso por nombre Aslam.

Todas las tardes después del colegio iba corriendo a casa para estar con ella. La lavaba, peinaba, le daba de comer y jugaba mucho con ella.

Un día Aslam se encontraba muy cansada y no tenía ganas de jugar. M... se asustó mucho porque no quería perder a su querida Aslam. Llamaron al veterinario y cuando acabó de inspeccionarla le dijo a M... con una sonrisa de oreja a oreja: "M... tu perrita va a tener cachorritos". M... se puso muy contento, porque pensaba que le pasaba algo malo.

M... cuidaba mucho de ella y pensaba como sería cuando naciesen los cachorros.

Una noche nacieron los cachorrillos, eran dos, uno negro y otro marrón con manchas blancas, eran preciosos. M... estaba emocionado.

Pero después de un mes sus padres le dijeron que no se podían quedar con ellos y M... se puso muy triste y se enfadó mucho con ellos. No quería que nadie se llevase a los cachorros. Ni él ni Aslam dejarían que eso sucediera porque ya tenían nombre, Luna y Tobi.

Sus padres al ver cuánto los quería, le propusieron un trato: "Tú cuidarás de Luna y Tobi pero deberás sacar muy buenas notas, ¿entendido?". M... dijo que sí y les dio un abrazo muy grande a sus padres y otro a sus perritos. Así consiguió quedarse con los cachorros cumpliendo su parte del trato.

Mario Martínez de Falcón, 6º

Nuestra ruta en bicicleta

Una mañana de verano, el 18 de septiembre de 2021, mis padres, mi hermano Ibai y yo, decidimos hacer una excursión con la bicicleta. Mi aita busco diferentes rutas en Navarra y eligió la del antiguo tren Plazaola que está entre Lekunberri y Leitza en Gipuzkoa, es una de las sendas naturales más bonitas. Subimos con las bicis en una furgoneta hasta Lekunberri y una vez allí fuimos en dirección a Leitza por la antigua vía del tren. La ruta que hicimos tiene una distancia de 17,8km y la terminamos en 1 hora y 6 minutos. Paramos a la mitad de camino en un merendero con mesas para almorzar tortilla de chorizo. Es una vía verde muy bonita porque pasa por prados y bosques con robles, hayas...

En todo el recorrido hay muchos túneles, el más largo se llama Uitzi, mide 2,7 km y está iluminado, ya de paso paramos a ver la antigua estación de tren de Uitzi.

Nos gustó muchísimo esta excursión a mi familia y a mí, así que seguramente repitamos otro día. ¡Lo recomiendo!.

Josu López, 6º

ALUMNADO DEL
I.E.S.O. JOAQUÍN ROMERA

Atrapado en Minecraft

Hola soy Daniel tengo 13 años y hoy, por fin, podré jugar Minecraft. Después de haber estado esperando mucho tiempo lo he conseguido. Pero, nada más entrar, me pregunto cómo había entrado al juego.

Apareció en un claro bosque con mucha madera y una cueva muy oscura y con muchas telarañas y unos ojos rojos. Cogí unos troncos y me hice una casa, era de madera pequeña y con dos ventanas. Me hice un pico y una espada y empecé a picar y matar maestros. Salí ful metal y con espadas y picos. Esa noche fue muy intensa de monstruos pero al día siguiente encontré una aldea y en un cofre encontré un pico de diamante, así pude hacer el portal al neder. Ese sitio era super caliente y rojo. Había lava, cerdos mutantes y esqueletos, a lo lejos vi un castillo, en el cual había monstruos de fuego y endermans. Maté a los dos y me hice el ojo del dragón. Fui a la tierra en busca del dragón, encontré la fortaleza y el portal. Posé los ojos y me aparecí en la dimensión del dragón donde había unas torres y el dragón. Cuando maté al dragón me dejó su huevo y me acabé el juego.

Asier Ayerra Zúñiga, 1ºA

El misterio de Mia y su casa

Hace un tiempo, una niña llamada Mia encontró en su casa una puerta pequeña cerrada.

-Papá, mamá, ¿qué es eso? -le preguntó a sus padres.

-Pues no lo sé, pero parece una puerta -le respondieron sus padres.

-Y, ¿tenéis la llave?

-Creo que no, pero las buscaré.

Unos días después encontró una llave muy rara e intentó abrir la puerta, pero no encajaba. Un tiempo más tarde encontró un libro que tenía unos códigos secretos muy raros. Estuvo día y noche intentando descifrarlos, hasta que finalmente descubrió lo que ponía: "Si una llave quieres encontrar, en tu cuarto debes buscar". No encontró la llave, pero encontró unos papeles muy antiguos. En los papeles estaban escritas unas cosas muy raras, con símbolos parecidos a los del libro. En los papeles ponía dónde estaba la llave, y Mia pensó que se había saltado algunas pistas, pero no le dio mucha importancia, ya que quería encontrar las llaves.

Estuvo buscando por toda su casa y encontró la llave. Al abrir la puerta encontró un montón de dinero, una fortuna. Junto al dinero había un papel muy antiguo que era de sus antepasados, en el papel ponía: "Dejo este dinero para los siguientes inquilinos, estoy seguro de que lo necesitarán".

Mia les contó a sus padres que había encontrado mucho dinero. Sus padres no se lo creían hasta que lo vieron. Estuvieron pensando en qué lo podrían gastar, hasta que se les ocurrió una idea brillante. Pensaron que podrían hacer un viaje con toda la familia, y aun así les sobraría dinero para poder comprar cosas que necesitaban.Después de invertir el dinero en todas esas cosas comprarían regalos para toda la familia.

Laura Valerio Martínez de Espronceda, 1ºA

El viaje de Naina y Naussomi

Hola, soy Naina. Mi familia y yo vivimos en Almería desde hace 12 años aunque, durante otros tantos, estuvimos viajando de ciudad en ciudad sin rumbo fijo. Yo nací en un barco. Sí, en un barco, pero no en un barco cualquiera sino en una patera. Era una fría noche de diciembre cuando mi madre Naussomi, después de dar todos sus ahorros a un pirata del mar, se embarcó en un viaje buscando una mejor vida para nosotras dos.

Yo viajaba en su vientre y no tenía ni idea de lo que nos esperaba. El único deseo de mi madre en aquel momento era que yo naciera en un país diferente al suyo, donde mi vida pudiera ser mejor que la suya. En cuanto el viaje comenzó sintió unos fuertes dolores en su interior. Era yo impaciente por salir.

El oleaje comenzó a ser cada vez más violento al igual que sus dolores. Mi madre sentía el agua empapando sus huesos y pronto, aquel agua fría y saldada, comenzó a mezclarse con la sangre que corría por sus piernas. Alguien a su lado le preguntó si estaba bien pero ella solo pudo agarrarse y dar un desesperado grito de dolor que pronto se convirtió en una sonrisa al verme nacer. Justo en ese momento, nada más tomarme en sus brazos, los enormes focos de un helicóptero de la Guardia Civil la deslumbraron.

Hoy, muchos años después de aquel episodio, trabajo como investigadora médica en un centro hospitalario y junto con otros compañeros hemos conseguido una vacuna contra la malaria. Mi madre ríe en su interior cuando me visita en el hospital. Sabe que aquel esfuerzo mereció la pena y sueña con que, algún día, otros muchos lo consigan sin necesidad de tener que jugarse la vida en el intento.

Fernando Caro López, 1ºA

El videojuego mágico

Había un niño llamado Iker que tenía 12 años y estudiaba en el instituto Joaquín Romera en la clase de 1º A.

Sus mejores amigos de clase eran Rubén, Sofía y Luis, que a pesar de que eran unos buenos estudiantes también liaban las suyas, y claro su mejor amigo Iker no los iba a dejar solos...

Un día hicieron la gamberrada de poner una chincheta en la silla del profesor. Dijo el profe que sí nadie decía quién había sido que estaban sin ChromeBook todo el curso.

Toda la clase les señaló y el profesor los llevó a dirección y el director les mandó limpiar el sótano.

Iker se acercó a un videojuego antiguo y este empezó a vibrar y antes de que pudieran correr este los abdujo.

El videojuego trataba de una partida con 100 jugadores que se mataban entre ellos hasta que solo quede UNO. Cuando ya quedaban solo los 4 se miraron entre ellos y se abrazaron sin parar de llorar... y de repente aparecieron los 4 en el sótano de nuevo y se dieron cuenta que era una "trampa" del director para que dejaran de hacer trastadas y se apoyaran más entre ellos.

Mario Noreña García, 1ºA

Fiestas de Mendavia

Había una vez unos niños que querían ir a las fiestas de Mendavia. Cuando llegaron allí resulta que había un encierro de vacas y decidieron ir a verlo. Había una vaca que era muy grande y entró a una casa. Le clavó el cuerno a un montón de gente y a un señor lo atravesó. Tuvieron que venir un montón de ambulancias y tuvieron que parar el encierro, se llevaron al señor al hospital y todo siguió normal.

Los niños, asustados, más tarde fueron a las atracciones y se montaron en muchas cosas. Más tarde, cuando estaban cansados fueron a cenar a la bocatería.

Al día siguiente se acabaron las fiestas y los niños decidieron quedar para dar una vuelta en bici por el pueblo. Cuando estaban pasando por un camino en el campo uno de los niños se cayó por un barranco y los demás no supieron que hacer. Decidieron llamar a una ambulancia y vinieron a buscarle. En el hospital se encontró con el señor que tenía la herida de toro. Se hicieron amigos y al final pudieron salir juntos del hospital.

Al final todo volvió a la normalidad en Mendavia y todos vivieron felices.

Claudia Fernández Ochoa, 1ºB

La ciudad de cristal

Hola me llamo Patricia tengo 13 años. Vivo en una ciudad que es Nueva York, tengo un hermano de 15 años que se llama Jose. Mis padres murieron en un accidente, pero mi hermano y yo vivimos con nuestra abuela.

Nosotros hablamos inglés, pero también sabemos español porque nosotros somos españoles y mi madre era española y mi padre era inglés. También hemos vivido en Ucrania y tuvimos que venir a Nueva York porque mis padres tenían un trabajo y por eso nos venimos y en ese trabajo al venir mis padres tuvieron un accidente.

Nuestra casa es muy bonita nos la dejaron nuestros difuntos padres es toda de cristal como toda la ciudad también es de cristal imaginaros ver todo de cristal hay que tener mucho cuidado con las cosas y paciencia.

El precio de las casas es igual que en otra ciudad que no sea de cristal, pero tienen algo en especial y es que nuestro jardín también es de cristal todo es de cristal: tiendas, bares, colegios, etc...

Cuando cocinamos con la vitrocerámica el cristal se ablanda y se vuelve más blando y se puede romper pero cada vez que rompes algo tenemos que esperar una hora y vuelve a ser de cristal. Diréis que eso será mentira pero no, es verdad, es como si fuera magia. La verdad que es un poco difícil vivir siendo todo de cristal, porque cuesta mucho que no te se rompa algo, a mí cada mes o así se me rompe algo y a mi hermano le pasa lo mismo.

En el colegio también todo es de cristal, lápices, cuadernos, pizarra... a mis compañeros cada dos por tres se les rompe algo porque no es lo mismo un lápiz normal que te se cae y no se rompe lo único que le puede pasar es cascarillearse que uno de cristal se te cae y se rompe.

Lo único que no es de cristal es la comida, el dinero, la ropa, algunas cosas que usamos habitualmente, nosotros mismos, los coches y transportes de todo tipo, carreteras y bicicletas o motocicletas son normales porque imaginaros que es de cristal y vas conduciendo y te se rompe una rueda por ejemplo y te quedas en medio de la carretera y sería un lío por no decir una barbaridad.

Mi hermano y yo hemos decidido irnos otra vez a Ucrania o a algún otro lugar porque aquí en la (ciudad de Cristal) es muy difícil vivir y encima nos cuesta mucho porque en Ucrania llevábamos desde que nacimos quitando un año que llevamos en la ciudad de Cristal, o sea 13 años llevaba en Ucrania y ya estaba acostumbrada ahí. También tenía ahí mis cosas, amigos... mi hermano llevaría un año más que yo o sea 14 años.

Bueno y esto ha sido todo mi mini cuento que os he contado para que sepáis un poco de mí, me ha encantado decir dónde vivo, qué me gusta y cómo vivo.

Esmeralda Martínez Grande, 1ºA

La era de Judge Angels

Durante este último año se está viendo por todo el mundo a una niña vestida toda de blanco. Entre sus manos siempre luce una espada brillante como el diamante. Esta niña se hace llamar Judge Angels.

En realidad su verdadero nombre es Dina Angels Clark, tiene unos quince años de edad. pelo rubio, corto , desordenado y los ojos los tiene completamente negros con manchas blancas recordando al espacio exterior.

Dina es huérfana y vive sola en los bosques de Texas.

Pero puede emigrar tantas veces como países en el mundo hay. Esta chica es un ángel justiciero que somete a un juicio a todas las personas deshonestas que existan. Como este hombre: Roberto era un alcalde exitoso de Mendavia un pueblo situado al norte de España, en Navarra. Robaba fondos públicos, no escuchaba al pueblo y tenía cuentas negras en Suiza y obligaba a pagar impuestos a todo el mundo. Tenía chalets por todo el pueblo, que los alquilaba a mucha gente que tenía que trabajar para él en sótanos cochambrosos en condiciones infrahumanas. La jueza al enterarse de eso emigró a Mendavia con la tapadera de la secretaria del alcalde. Con el tiempo se fueron enamorando, aunque eso entraba en el plan de Dina. Al año de casarse en la noche de boda, la justiciera con su espada le sacó los sesos y esparció por toda la casa. Le arrancó la cabeza y la colgó del árbol más alto de todo el pueblo. Ahora no se sabe dónde está, pero la era del ángel justiciero acababa de empezar. Cuidado puede que tú seas el siguiente.

Javier Reyes, 1ºA

Mendavia

Hola me llamo Iosu y os voy a contar una historia que me ocurrió hace dos semanas. Un día estaba por la calle estaba con mi amigo Martín hablando y de repente vimos un pitufo, en ese momento nos asustamos y nos persiguió hasta que nos atrapó y nos metió a un saco. Cuando ya nos sacó del saco Martín y yo estábamos intentando pegarle pero como era tan pequeño no llegábamos a darle una patada. Al día siguiente al despertar le preguntamos cómo se llamaba y se llamaba Pepelin. Estuvimos un rato hablando con él y su idea era convertirnos en pitufos. Martín y yo a la noche estuvimos intentando quitarnos las cuerdas en las que estábamos atados y lo conseguimos. Cuando el pitufo vino a vernos le pegamos una paliza y ahora es nuestra mascota.

Iosu Manso, 1ºB

Mi mejor día

¡Por fin es viernes! Llevo toda la semana esperando que llegue este día. Mañana es mi cumpleaños, cumplo 12 años y voy a hacer la mejor fiesta de la historia.

Voy a invitar a todos mis amigos y después se quedarán a dormir mis amigas más cercanas. Habrá tarta, chucherías y un montón de actividades para entretenernos.

Espera, todavía no me he presentado, me llamo Aitana y vivo en Mendavia y como ya he dicho mañana es mi cumpleaños.

Solo quedan unas horas para que me empiecen a enviar mensajes felicitándome.

La fiesta será de las siete y media de la tarde a las doce de la noche ya que después de la cena saldremos a dar una vuelta.

Buenos días, hoy me he despertado y tenía un montón de mensajes de mis amigas felicitándome. La primera en felicitarme fue mi mejor amiga Sofía, después al levantarme de la cama me felicitó mi madre la cual no paró de dejarme su móvil para que contestara llamadas y mensajes de amigas suyas felicitándome.

A la hora de comer vinieron mis abuelos, tíos y primas para celebrar mi cumpleaños. Estuve toda la tarde con mis primas y sobre las seis y media, siete se fueron.

A las siete y cuarto llegaron mis amigas, que se iban a quedar a dormir y a las siete y veinticinco empezaron a llegar los que faltaban.

Cenamos y nos fuimos a dar una vuelta. Sobre las doce volvimos mis amigas y yo a casa para "irnos a dormir". Estuvimos hablando y jugando a juegos de mesa hasta las dos y media, tres. Luego nos fuimos a dormir no sin antes hacer unos cuantos Tik Toks.

Por la mañana al levantarnos bajamos a desayunar crepes con nutella, después fuimos a dejar sus cosas a sus casas y luego fuimos a dar una vuelta antes de irnos cada una a su casa a comer.

Fue el mejor cumpleaños de mi vida. Ojalá todos mis cumpleaños fuesen así.

Alba Sancho, 1ºA

Presencias

Érase una vez hace algunos años en la localidad de Mendavia, un vecino notaba presencias y robos en su casa al principio nadie le dio importancia creían que había sido algún animalillo que rondaba por la zona.

Pasaron semanas y nadie notaba más presencias ni robos hasta que un día un vecino volvió a protestar porque le faltaban un montón de cosas de su cosecha y sentía como si alguien lo persiguiera el vecino llamado Tomás empezó a tomar precauciones la cosecha la guardo dentro de casa, pero seguía sintiendo una presencia como si alguien le hiciera fotos y lo investigara.

Tomás hacía vida normal hasta que otra vez notaba esa presencia y decidió darse la vuelta y perseguir a esa persona que le hacía fotos y le robaba, tras una larga caminata le pilló resulta que era un conocido que quería vengarse de él porque hace un tiempo amenazó a su familia...

Carla García Elvira, 1ºB

Traslado

Era una mañana de domingo como cualquier otra y Paula, una niña de 13 años tímida y sin amigos, se estaba preparando para salir a dar una vuelta con su patinete.

Pero su madre se le acercó y le dijo:

-Eh... Paula... Tengo que decirte algo.

-¿Qué pasa mamá?

-Pues que me han ofrecido un puesto de trabajo en Los Ángeles.

-¿Pero lo vas a rechazar no? No podemos irnos de aquí.

-Paula lo siento pero vete preparando tus maletas que mañana a las 7:30 nos sale el vuelo.

Paula se enfadó muchísimo con su madre porque no entendía cómo le podía hacer esto: primero iba a tener que dejar a toda su familia y su ciudad donde había vivido desde los 2 años (Madrid), ¡estaba aterrada!

A la mañana siguiente cuando ya estaban montadas en el avión, Paula le dijo a su madre:

-Oye mamá, me preocupa una cosa...

-Dime hija ¿qué pasa?

-Pues que tengo miedo de no encajar y de no hacer amigos, te recuerdo que aquí nadie quería estar conmigo...

-Paula tranquila, sé tú misma y ya está, verás como haces amigos.

Después de casi 13 horas de avión Paula y su madre llegaron a su nueva casa, que estaba en el centro de la ciudad y muy cerca del nuevo colegio de Paula. Cuando se instalaron eran las 20:30 así que Paula, antes de cenar se fue a leer un poco y cuando se acabó la cena se fue a dormir.

Paula en su antiguo colegio, era una niña muy tímida y por eso no tenía amigos. Eso le hacía pasar muchas horas sola. Por ese motivo pasaba las horas practicando su gran pasión: el skate.

Era muy buena en el skate, pero como nadie la conocía tal y como era, ella tampoco se había atrevido a enseñárselo a nadie. Le daba miedo siempre, no encajar.

Al volver a casa, Paula decidió coger su tabla de skate para ir a dar unos saltos a la pista que había al lado de su casa y así no pensar en nada.

Mientras hacía unos trucos impresionantes, una ojeadora de skate pasaba por allí.

Decidió grabarla porque le pareció impresionante y el vídeo lo colgó en Instagram poniendo una pregunta en los comentarios:

"¿Alguien conoce a esta chica? "

Si la conoces o eres tú, por favor ven al concurso de skate que hay mañana a las 17:30 en el parque.

Paula al rato, vio el vídeo y se emocionó mucho al ver que la ojeadora pensaba que era buena, pero por otro lado, iban a ver cómo era en realidad y le daba miedo que pensarían de ella.

Cuando llegó su madre de trabajar, Paula le contó lo ocurrido y le enseñó el vídeo que le habían grabado.

Su madre sin pensarlo, le dijo: "Es tu momento Paula, no desaproveches esta

oportunidad. Yo creo en tí, ¡lo harás genial!".

Al día siguiente decidió ir al concurso. Cuando llegó, vio que estaban todos los de su clase y por un momento tuvo miedo, pero recordó las palabras de su madre, y se atrevió a participar.

Cuando ya habían participado todos los concursantes, el primer premio fue para Paula.

Ahí es donde todos sus compañeros, se dieron cuenta de que no era la chica rara que creían que era.

A Paula le hizo mucha ilusión y se dio cuenta que tenía que cambiar esa manera de pensar, siempre hay que ser un@ mism@.

Carlota de la Rica, 1ºA

Viaje en el tiempo a Mendavia

Hola, soy Nahia, tengo 12 años y vivo en Pamplona.

Hace ya mucho tiempo que quiero ir a Mendavia porque tengo familia allí, pero nunca puedo. O porque tengo que hacer cosas ese día, porque mis padres no pueden o incluso porque tengo que estudiar. Yo hay veces que cuando tengo pensado ir a Mendavia y mis padres no pueden, les digo que me voy yo sola, pero no me dejan. Pero bueno supongo que algún día iré o eso espero...

Hola otra vez, hoy por la tarde he quedado con mis amigas, Lucía y María, para ir a ver una obra de teatro súper chula de magia al Baluarte, de hecho ya es casi la hora y no quiero llegar tarde. Ya hemos llegado, la obra está a punto de empezar, ¡qué ganas tengo de verla!¡Han pedido que salga un voluntario! Y sí, yo he sido la elegida, qué bien.

- Hola, ¿cómo te llamas? Pregunta el mago.

- Hola, soy Nahia. Le contesté.

- Encantado, Nahia. ¿Qué te parece si consigo que viajes al sitio que tú quieras ahora mismo durante un día? Me dice el mago.

- ¡Síií, sería mi sueño! Le he dicho.

- Vale, pues piensa en ese lugar tan deseado por ti y en cinco segundos estarás allí. Me dice el mago.

- Vale. Le he dicho

- En 3, 2, 1 !YA!

Y ahora mismo os estaréis preguntando si he pensado en Mendavia, !Y SÍ! Eso he pensado.

¡Qué guay, y estoy aquí! Nunca pensé que podría llegar a lograr venir a Mendavia con magia. Bueno pues ahora toca visitar y conocer muy bien el pueblo. Y por supuesto ir a ver a mi familia. Bueno, pues me voy a dar una vuelta que solo tengo un día para ver todo.

Ahora mismo os estaréis preguntando si ya he vuelto, y sí, ya estoy en mi casa. Mis padres han flipado, pero ha estado súper guay. Espero volver algún día, pero con mis padres para que lo conozcan.

Inés Pérez del Notario Romero, 1ºA

Deixa'm que caiga

La salud mental es igual de importante que la salud física. Así es como quiero presentar este relato. Bueno, primero tendré que decir quién soy yo.

Me llamo Ainara, tengo 26 años y voy al psicólogo. Como lo oís, no pongáis esas caras. No quiero que os hayáis sentido ofendidos por lo que he dicho de vuestros rostros, que yo lo entiendo, es algo de lo que ahora se está hablando más, pero que siempre se ha tratado de estigmatizar. Pero sí, desde hace años, desde que tuve una depresión y quise que me ayudaran profesionales, voy al psicólogo una vez cada 2 semanas. Y de eso os vengo a hablar, os voy a compartir mi opinión y mi experiencia.

Yo soy una joven que vive en un pueblo de 10.000 y en el que por desgracia, como en todos los pueblos, se oprime y se deja de lado al que es diferente. Ni mejor ni peor, sino diferente. Pero bueno, en mi caso mi problema fue lidiar con un tipo de soledad. Es decir esa palabra, y a todo el mundo se le aparece la imagen de una niña en una esquina llorando, con las piernas recogidas y escuchando canciones melancólicas. Pero a veces, la gente que lo está pasando mal es la que siempre tiene una sonrisa en la cara para no preocupar a nadie.

Mi soledad fue la de pareja. Desde pequeños se nos ha inculcado la búsqueda de la media naranja, el amor romántico, el alcance de la felicidad cuando tienes pareja e hijos, y las personas que se han quedado solteras, se habla de ellas como si fuesen unos desgraciados. Es más, en la mayoría de los cuentos para niños siempre acaban juntos un chico y una chico, se casan y comen perdices. Pues yo por ese tema he sufrido mucho, y uno de mis objetivos principales en la vida era encontrar a alguien que me haga ser feliz. Es más, yo tuve durante mi adolescencia, 1 novio y 2 novias. Sí, sí, como lo oís, y todas no funcionaron y además al acabarlas, me pasaba como dos semanas llorando y sin salir de casa.

Un día, mientras miraba el nuevo disco de mi grupo valenciano favorito Zoo, vi

como había sacado un tema que hablaba sobre la salud mental, se llamaba "Deixa'm que caiga". Y yo me quedé un poco sorprendida, porque me veía muy reflejada en la canción, hablé con mis familiares y mis amigos y me anime a ir al psicólogo, a pesar de saber que la gente me iba a tratar como una loca cuando se enterasen.

Y al salir de mi primera cita, vi el mundo de otra manera. La doctora Jean me comentó que uno de mis principales problemas es la poca autoestima y confianza en mí misma que tenía. Que si no me sabía querer yo, nunca tendría la opción de querer a alguien. Me comentó una frase que se me ha quedado grabada: "Busca en lo personal, porque al final tú vas a ser la única persona que va a estar toda la vida junto a ti". A partir de ese momento, me centré más en mí y me conocí mejor y eso me ayudó a tener claras mis metas en la vida, las que yo quería y no las que inculca la sociedad, y si alguien quisiera acompañarme en este bonito viaje, yo estaré encantada.

Para concluir, me gustaría que la siguiente frase calara en alguno de vosotros "si te encuentras mal por alguna razón, busca ayuda y no intentes lidiar tú solo con los problemas". Porque, aunque esto parece como muy claro, es increíble ver cómo han crecido los casos de suicidios en los adolescentes, muchos de ellos condicionados por dejar pasar la situación y no recurrir a nadie.

Por favor, quereos mucho y aprended a vivir solos.

Un abrazo con mucho cariño a tod@s

Ainara

Jaime Alcalá Arróniz, 4ºA

El bebé diabólico

Jimena se despertó por un fuerte dolor de tripa a media noche. Se levantó de la cama, silenciosamente salió de la habitación sin despertar a su hermana Olivia. Dando pasos de hormiga llegó a la cocina, abrió el armario y tomó una caja de ibuprofenos. La abrió y se tomó uno junto con un trago de agua. El dolor desapareció, así que se dirigió a la cama para dormir.

Pasaban las horas y Jimena no conciliaba el sueño. Después de probar de todo para dormirse, se hartó y decidió volver a la cocina a por comida. Cogió una bolsa de patatas sabor barbacoa y la abrió. De repente volvió a sentir el dolor en su tripa, pero esta vez era mucho más molesto, sentía que la barriga le iba a reventar. De nuevo, tomó otro ibuprofeno, aunque este no parecía dar ningún alivio. El dolor aumentaba y Jimena se estaba mareando. Sintió un pequeño golpecito en la tripa, pero por dentro. Y seguidos de este, uno y dos y tres golpes más. Jimena no comprendía lo que le estaba pasando. Intentó mantenerse de pie, pero estaba desorientada y el cuerpo le pesaba un montón. Sus piernas cedieron y cayó al suelo. De repente, la barriga se le empezó a hinchar como un globo de helio. Jimena gritó pidiendo ayuda a Olivia, gastó sus últimas fuerzas en arrastrarse al dormitorio y le empezó a sangrar la vagina.

Olivia entró en la cocina preocupada por los gritos de su hermana. La vio muerta en el suelo, y al lado suyo, un bebé recién nacido. Entusiasmada, tomó en brazos al bebé y dio gracias al diablo por cumplir el pacto que acordó con él.

Unai Zalduendo Carrasco, 4ºA

En busca de la felicidad

Érase una vez, dos hermanos que fueron traídos al mundo, de hecho eran gemelos, con todo idéntico (pelo, cuerpo, peso...), pero su única diferencia era su carácter, ya que Pablo era súper gracioso y simpático mientras que Iker era un torbellino.

Estos hermanos tenían un gusto muy diferente, pero coincidían en su pasión sobre las brujas y situaciones paranormales, por lo que tras conseguir un libro para contactar con el más allá, estos jóvenes comenzaron a pelear sobre quién debía realizar el "conjuro". En ese mismo instante una bruja hechicera apareció, y en un abrir y cerrar de ojos sus cuerpos se intercambiaron. Pablo e Iker estaban muy asustados y no entendían nada, lo único que tenían claro era que no querían comportarse según el carácter opuesto al suyo. Al acercarse a la puerta escucharon una voz aguda explicando que hasta que no consiguiesen cooperar como hermanos, sus cuerpos no volverían a intercambiarse.

Pasaron los meses y los hermanos ya consiguieron una relación buenísima, nada de malos tratos ni peleas, todo era muy tranquilo, pero ambos recibieron una nota anónima diciendo que debían ir a un lugar donde estar más unidos todavía, de forma que encontrasen la máxima felicidad. Esto les dio mucho en lo que pensar a los hermanos, por lo que decidieron acudir a la orilla de un pequeño riachuelo al que iban de pequeños. Ese no era el lugar, ya que sus cuerpos no llegaron a cambiarse. Pablo comenzó a agobiarse ya que no encontraban el camino de vuelta a casa, por lo que empezó a caminar sin rumbo. Este pisó un trozo de roca y cayó al suelo

golpeándose la cabeza causándole la muerte, su hermano Iker trató de agarrarle pero terminaron cayendo los dos.

Finalmente se encontraron en el cielo, pero cada uno con su cuerpo. Comprendieron que habían cooperado para ser mejores hermanos y ahora estaban en la felicidad eterna. Vivieron felices para siempre y dieron gracias a la bruja por haberles ayudado a ser mejores hermanos, a pesar de terminar muertos.

Leire Liria Aranega, 4º

La historia del pequeño Adrián

Esta historia comienza con una familia, la cual estaba formada por María y Juan, junto a Julia y Adrián, sus hijos, esta era una familia normal y corriente, con sus preocupaciones y con sus anécdotas felices, tal y como todos en este mundo tenemos.

Después de una noche dura tras haber trabajado turnos extra para poder llevar a su familia hacía delante, Juan se levantó hacía las 6 y media de la mañana para preparar el desayuno y ayudar a sus hijos a levantarse, vestirse,... y llevarlos a la escuela. Al llegar al recinto escolar él se despidió de ellos y les recordó que al salir de las clases su madre les pasaría recoger y que mañana le veía otra vez, cosas de la custodia compartido debido a que María y Juan estaban separados desde hacía varios meses, pasaron las horas y llegó el momento de que María pasara a recogerlos, después se fueron a casa de su madre donde les esperaba su nuevo novio, él cuál había preparado la comida, el plato favorito de Julia y Adrián, macarrones con queso y tomate; pero aún con el esfuerzo del nuevo novio de su madre ellos no acaban de terminar de cuajar en ese ambiente, ya que ellos no entendían el porqué sus padres no vivían juntos y aún menos el hecho de que su mamá tuviera otra pareja.

Cuando pasaron las horas cogieron el autobús todos ellos para dirigirse hacia los extraescolares a las que los niños acudían. Al llegar los dos se despidieron y los dejaron con las monitoras; Al cabo de media hora ya llegado los dos a su casa, María recibe una llamada del centro de extraescolares, los cuales le comentaron el hecho de que Adrián, el mayor de 7 años no había acudido a esas actividades, la madre alarmada llama a su nueva pareja y le cuenta que ellos dos dejaron al niño en la puerta del centro y que había visto cómo los dos entraban, aún con las explicaciones de la madre y su novio los monitores les dijeron que acudiera para corroborar lo que les había dicho.

Los dos fueron y al llegar vieron con sus propios ojos como ellos tenían razón, los

dos asustados fueron por los alrededores de aquellas instalaciones en su búsqueda, pero para la pena de ellos no lo encontraron. Cuando de repente al preguntar a las personas de alrededor, una pareja que está sentada en un banco desde antes de lo ocurrido les interrumpe y les cuenta que un niño que encajaba en la descripción de su hijo se iba con un hombre y una mujer hacia un coche y vio como se lo llevaron.

La madre entre lágrimas, llamó a su ex pareja y le explicó lo sucedido, por si él sabía algo relacionado con lo sucedido, pero le respondió que no y que se dirigía corriendo hacia el lugar. Mientras tanto todos se pusieron de acuerdo para llamar a las autoridades de la ciudad, y tras explicarles detalladamente lo sucedido, estos dieron la voz de alarma para la búsqueda del niño desaparecido. Pasaban los minutos y la desesperación de los involucrados estaba llegando a su auge, por lo que decidieron ir a buscar a su hijo, mientras tanto tras acordar entre ellos Juan, el padre biológico se llevaba a su hija menor a dar una vuelta para no preocuparla.

Tras horas y horas de búsqueda tanto de la policía como de los progenitores el día daba a su fin, y con el alma en el puño los padres tuvieron que volver a casa para descansar mientras la policía proseguía con el caso. Pero al tener tanta angustia ninguno tomó ojo en toda la noche.

Fueron pasaron lentamente los segundos, los minutos, las horas, hasta que tres días después los padres recibieron una llamada, la llamada que les marcaría para toda su vida, ya que se trataba de una llamada de la policía la cual les transmite con todo su pesar que habían hallado el cuerpo de su hijo en una cuneta al lado del canal que recorría toda la ciudad y que desde ese día iba a ser uno de los lugares innombrables para esta joven familia destrozada por el dolor causado por unos desalmados que les hicieron sufrir.

La noticia acogida entre lágrimas por los progenitores hizo que se les desgarraron las gargantas por sus llantos ante lo sucedido.

Días después llegó el momento de la despedida definitiva de su pequeño en un funeral que recogió el apoyo de todos los conocidos de la familia, y que hizo que fuese muy difícil explicarle a su hija menor, de manera más amena, lo sucedido y que

nunca más podría volver a ver a su hermanito mayor, con el que había compartido toda su vida y con el que ya no podría seguir compartiéndola.

A los dos días otra llamada asomó al teléfono de los padres, se trataba de la policía una vez más, la cual le detalló que gracias a la autopsia de su pequeño que habían podido desvelar quiénes fueron los causante de su sufrimiento y que por fin se podía hacer justicia a aquella alma pura, que no se merecía morir de tal manera ni a tal edad.

La policía les propuso a los relacionados relatar su historia de manera más amena y sin nombres para poder así dar a conocer que los casos de secuestros no están fuera del alcance de nadie y poder concienciar a la población de tener más cuidado.

Alexánder Zamora González, 4º

La niña de la grada

Era la acampada de natación, cada 29 de julio se celebraba, los jóvenes que iban a clases de natación estaban esperando ansiosos a que llegase esa noche. Los jóvenes entre los 10 hasta los 17 años se juntaban junto con los monitores en las piscinas del pueblo para cenar, hacer juegos, retos, compartir historias entre ellos, y muchas otras cosas más.

Eran las 9 de la noche, Sheila y sus amigos empezaron a llegar a las piscinas, cada uno con sus sacos de dormir y sus linternas. Fueron a los merenderos para empezar a cenar, mientras tanto los monitores estaban pensando que juegos les podrían preparar para que se divirtieran. Cuando terminaron de cenar fueron al hall, se sentaron todos en círculo, los monitores les explicaron todas las actividades que iban a realizar por grupos.

Los más mayores empezaron a hacer grupos de 7 personas, eligiendo a quien quisiesen. El primer juego fue encontrar la moneda en la harina, los jugadores tenían que meter la cara en agua, luego en harina y encontrar la moneda; este juego fue ganado por el equipo 3, el grupo de Sheila.

Estuvieron jugando a muchos juegos más, hasta llegar al último que fue el de la gincana. Los monitores les escribían adivinanzas en los papeles, y los grupos las tenían que adivinar y el primer grupo que las adivinase ganaba. Estas pistas estaban escondidas por todo el recinto de la piscina: en los baños, en el bar, en recepción, en el merendero y en las gradas del campo de fútbol.

Al equipo de Sheila solo le quedaba una pista para así ganar la gincana, esta estaba en las gradas; a una chica de su grupo la mandaron a por la pista, pesaron 15 minutos y la niña seguía sin venir, de repente vieron a la niña que venía de la grada con arañazos, con la ropa rota, agujereada, sucia; la niña venía llorando y la monitora le preguntó que le había pasado y la niña le dijo que había alguien en la grada, la

monitora no se lo creyó, ella pensaba que se había caído y se había manchado y roto la camiseta, entonces no le dio importancia. Al final la gincana la ganó el equipo de Miguel, un amigo de Sheila.

Llegó la hora de dormir, Sheila y sus amigos entraron a recepción para preparar sus sacos y ponerse sus pijamas, todos estaban muy asustados por cómo estaba la niña del equipo de Sheila, pero empezaron a hablar entre ellos y no le dieron más importancia.

Eran las 3 de la mañana, Sheila y su amiga Carmen se levantaron para ir al baño, al levantarse vieron cómo la niña se balanceaba de atrás hacia delante, y pensaron que tendría frío y ellas siguieron a lo suyo. Antes de salir del baño vieron a la niña por la puerta de atrás que iba en dirección las gradas del campo de fútbol entonces Sheila y Carmen empezaron a llamarla, pero no le hacía caso ella seguía a lo suyo. La niña iba sonámbula y cuando llegó a las gradas se despertó, empezó a correr y a chillar por todas las piscinas, y cuando llegó a recepción sonaron tres golpes desde la grada, todos los de la acampada se despertaron y se asustaron, las monitoras fueron a ver a la niña y luego a la grada a ver si había alguien. Al volver de las gradas los monitores dijeron que no había nadie y que todo el mundo volviera a sus sacos.

A la mañana siguiente la niña no estaba en su saco, todo el mundo fue a la grada y se la encontraron allá tirada, muerta.

Marta Rupérez Mauleón, 4º

Lo que sea por él

Es cierto, todo lo malo que me pasa en mi vida es por su culpa; ella me hizo así. Bueno no, su maltrato me hizo así. Ahora soy muy nervioso y digamos que no le tengo miedo a nada. No estoy loco. Loco, no, yo solo quiero enorgullecerle a él, a mi hermano. Muchos dicen que está muerto, pero no es así, yo sigo hablando con él.

Para que me entendáis os cuento nuestra historia. Todo empezó cuando nuestros padres, Adrik y Mack, murieron en un accidente de coche. Nadie nos reclamó; no había ni tíos ni abuelos con los que poder ir. Las autoridades nos internaron en un orfanato. Un asqueroso orfanato. Allí no hicimos amigos, todo lo contrario, solo enemigos. Mi hermano, que era más débil que yo, era ayudado supuestamente por ella, nuestra particular cuidadora: Weigel. Yo nunca me creí esto, más que nada porque cada vez que él volvía conmigo parecía más débil, más cansado y sin ganas de hacer nada, ni siquiera hablar. Pero cuando le preguntabas él respondía que era por la muerte de nuestros padres, que Weigel era buena y que solo le ayudaba. Mentira. Le estaba comiendo la cabeza.

Meses después, se lo llevó y no volvió. No por ese entonces. Todo el mundo decía que estaba muerto, que la pena lo había matado. Yo no me creía eso. ¿Cómo va a poder la pena causar una depresión tan grande que desemboque en la muerte de un ser humano? En mi cabeza no cabía, no era posible. Miradme a mí, mis padres eran los mismos que los suyos, por lo que también habían muerto y yo seguía igual que antes, solo un poco más desconfiado y nervioso.

Ahora debéis de hacer un salto en el tiempo de unos 30 años. Yo ya había abandonado el orfanato y vivía en un pequeño apartamento a las afueras de la ciudad, cerca del taller de coches en el que había conseguido trabajo.

Una mañana, un nuevo inquilino se instaló en el piso que estaba enfrente del mío. No sé por qué pero desde antes de verle me causaba una muy mala impresión. En

cuanto ví sus ojos algo cambió dentro de mí. Eran los mismos ojos que tenía aquella particular cuidadora: un ojo de cada color; uno era azul muy claro y el otro era negro, un negro demasiado oscuro para ser humano. Esa misma noche mi hermano volvió a aparecer. ¿A qué es raro?. Después de tantos años lo volví a ver. Él solo me decía una cosa: "Ve a por el nuevo vecino, ve a por él y mátalo. Hazlo por mí. No puedo existir si sigue habiendo gente con ese tipo de ojos, es insoportable, me recuerdan a ella. Ella me hacía daño. Por favor, hazlo".

Yo lo pensaba hacer, cómo me iba a negar, era imposible, es mi hermano, él me lo pedía. Sin pensarlo dos veces entré en su apartamento y me abalancé sobre él, echando todo mi peso sobre su cuerpo. Él empezó a chillar. Yo le tapé la cara con la almohada hasta que los gritos cesaron. Después, le saqué los ojos y los quemé. Hecho. Ya lo estaba enorgulleciendo.

Los años pasaron y mi propósito de vida cambió: me dediqué a hablar con mi hermano y a encontrar gente con para matarlos. Sin miedo, solo por él.

Así siguió mi vida hasta heterocromía la semana pasada. Unos hombres me capturaron. Era la policía. Me metieron en un manicomio. Desde allí os cuento esta historia.

La gente dice que estoy loco. Yo solo pienso que soy feliz y que él también. Lo logramos hermanito.

Sara Delgado Martínez, 4º A

Los caballeros de Trost

En el año 832, el mundo estaba asolado por la reciente plaga, causada por la aparición de unos misteriosos seres increíblemente letales. Estos seres eran microorganismos portadores de un virus muy inteligente. Los microorganismos fueron llamados "Tikas", por el sonido de tic que hacían cuando estaban cerca. No obstante, estos seres podían organizarse en colmenas llamadas "Macros", debido a su gran tamaño. Los Tikas se organizaban y formaban un solo Macro, con una sola conciencia, pero, a la vez, el Macro podía enviar partes de su cuerpo en forma de nubes que sólo dejaban dos opciones a quien se las cruzaba: servir de comida a los microorganismos o perder la conciencia y convertirse en un cascarón vacío a merced de la plaga.

La ciudad más importante de lo que quedaba del mundo se llamaba Trost. Mientras tanto, en el palacio de la ciudad, el emperador Kira y sus lacayos decidían qué hacer para que la humanidad resistiese a la extinción. Tras horas de intensa discusión, al comandante Pixis se le ocurrió la idea de reunir a un pequeño ejército formado por la élite más experta en combate del mundo. Todos los altos cargos aprobaron esta idea, por lo que, casi de inmediato, se envió a cientos de mensajeros a buscar a los caballeros que decidirían el destino del mundo.

Tres días más tarde, llegó el primero de ellos. Mixus, un sombrío luchador que, a pesar de no hablar nada (de hecho, se llegó a creer que era mudo), tenía uno de los mejores historiales posibles. Físicamente, era un alto y delgado caballero, que tenía un manejo envidiable de la espada y el combate sin armas. Su armadura impedía ver su rostro, así como su pelo. Sin embargo, el brillo de sus ojos ámbares resaltaba, por lo que, tras la sombra de su yelmo, se entreveían dos luces doradas apagadas. En el resto de su cuerpo, llevaba una pesadísima armadura que solo le dejaba al descubierto los codos, por lo que, además de una fuerza envidiable, también resistía muchísimo los ataques.

El siguiente fue el más extravagante de todos. Yustof, quien, a pesar de su apariencia seria y disciplinada, resaltada por sus ojos azabaches y su corte de pelo parecido al de una escuela militar, tenía una personalidad muy infantil. No era el más hábil, no era el más fuerte, pero tenía una característica que le sirvió en todas las batallas a las que entró. Gracias a sus increíbles capacidades deductivas, o tal vez por suerte, podía predecir qué diría el enemigo, con una precisión impecable. Esto, además, era usado por Yustof para desconcertar a sus rivales, a los que, con una frase que era icónica de su personalidad: "Lo siguiente que dirás es...". Una vez el enemigo decía lo que Yustof había predicho, se quedaba inmóvil, asustado por la precisión de esta habilidad. Ahí, Yustof aprovechaba para acabar con él, acabando con una burla y una muestra de su socarrona actitud.

En tercer lugar, llegó Morkan. Con su baja estatura y su aparente debilidad, era una de las más grandes luchadoras conocidas. Esta, aunque parecía débil, podía desatar un desastre natural que acababa en instantes con su enemigo. Sin embargo, al tener tal potencial, el usar un fuerte desastre la dejaba en un estado casi catatónico, y más aún si el desastre le golpeaba por accidente. Para evitar eso, llevaba un extraño artefacto por todo el cuerpo que, al activarse, le daba por un corto periodo de tiempo una campo de fuerza alrededor de ella, protegiéndola.

Después, siete días más tarde, apareció Korvus. El ser más temido por todo el mundo civilizado. No había perdido ni una sola pelea en toda su vida, gracias a un poder que le fue conferido tras ser mordido por un Axogalopante. No fue exactamente al ser mordido, sino que la mordedura reveló que Korvus tenía un organismo capaz de eliminar los desechos de su cuerpo, incluyendo venenos y demás sustancias. Por si fuese poco, Korvus obtuvo una característica que hizo que fuese temido por siempre. Él la llamaba "Trituramentes", la cual se basaba en literalmente, eso. Tras derribar a un oponente, lo inmovilizaba y más tarde lo despertaba, para darle el peor destino posible: con sus manos desnudas, partía el cráneo de su víctima para después devorar su cerebro. Para destacar todo esto, Korvus era de una estatura sobrehumana y era de complexión innatamente amenazante, con unos marcados músculos y unas afiladas garras. Para vestirse, utilizaba una demoníaca armadura, compuesta por una terrorífica hombrera, un peto de un material negro como el petróleo, unas grebas que ofrecían movilidad y protección a partes iguales, unas

botas con piel y hechas de puro acero, un guante en la mano derecha y otro mucho más grande en la mano izquierda. Este contenía una gema de color variable según lo que Korvus pensase, y ahí residía una habilidad que le hizo destacar como líder natural: con el poder de su alma, Korvus podía generar de la nada unos pequeños seres que harían lo que fuese por él, incluso morir. Había tres tipos de estos: amarillos, rojos y verdes. Cada uno tenía una especialidad en el combate, y, cuando daba órdenes sin siquiera emitir sonidos (pensaba lo que quería que los esbirros hiciesen), la gema del guante cambiaba de color. Por lo demás, Korvus era inhumanamente fuerte, lo que le permitía empuñar una gigantesca maza que de alguna inquietante forma siempre estaba ardiendo. Esta, del tamaño de una persona media, fue bautizada por su portador como "Apokalips".

El más tardío de todos fue Mrax, un amigable mago especializado en la curación. Este fue llamado para suplir todas las carencias que el grupo original tenía. Mrax era bajito, adorable, con el pelo largo y ojos azules. Sin embargo, su curación tenía un importante defecto: no se podía curar a sí mismo. Esto, sumado a sus pocas habilidades en el combate, hacía que fuese de alta importancia para el grupo protegerlo. Como última característica, era increíblemente cariñoso con todos los que conocía.

Una vez todos se reunieron, fueron enviados por el emperador a investigar el origen de la plaga, casi de inmediato. Antes de salir del pueblo, organizaron los preparativos. Cada uno lustró su armadura, excepto Mixus, quien la llevaba casi como si fuese su ropa, por lo que siempre estaba limpia y reluciente, dentro de lo que cabía de un material tan negro como el que formaba su armadura.

Dos días después, todo el grupo estaba listo para partir: Mixus, con su negra y reluciente armadura, que parecía hecha de plástico negro como el petróleo; Yustof, con un ligero conjunto que aumentaba su movilidad, hecho con abrigadas pero ligeras ropas de lana de diversos colores; Morkan, con su extraño exoesqueleto increíblemente avanzado que le protegía de sus propios desastres naturales (en verdad era simplemente un conjunto de gruesos tubos plateados que recorrían todo su cuerpo por el exterior); Korvus, con su maza "Apokalips" y su imponente armadura gris mate y tonos de rojo carmesí por las articulaciones; y Mrax, con un

traje de tela azul cian que le ayudaba a moverse y que, según él, "le quedaba perfecto", aunque esta túnica era tan larga que ni siquiera se veían los pies de Mrax. Todo el resto del equipo dudaba de la eficacia de este en exceso estético traje para luchar, aunque no dijeron ni una palabra.

Salieron al amanecer del quinto día de su estancia, partiendo hacia el este con sus caballos, lugar donde las ciudades fueron arrasadas antes. Es por eso que todos coincidían en que el origen de la plaga seguramente estuviese ahí.

- Así que allá partimos... - suspiró Morkan - a saber si todo esto merece la pena - resopló.

- Pues ni idea... - le contestó Yustof - en teoría tenemos que investigar, pero yo creo que esto no va a servir de nada...

Al escuchar esto, todo el grupo le miró con unos ojos que dejaban ver una mezcla de rabia y derrota, pero que parecían admitir que era la pura verdad.

- Qué se le va a hacer - añadió Mrax - pero oye, quién sabe, igual lo logramos - dijo con una sonrisa.

Mientras galopaban por el verde terreno que rodeaba Trost, los caballeros observaban todo a su alrededor, para detectar si algún macro se encontraba en la distancia. Mientras, discutían sobre qué harían para empezar.

- Deberíamos intentar cazar a un macro vivo - comentó Mixus, pronunciando su primera frase en todo el viaje - podrían darnos alguna pista.

- ¿Quién? - preguntó Yustof.

- Quién... ¿qué? - se extrañó Mixus.

- Que quién te ha preguntado - replicó Yustof.

Esto incomodó muchísimo a Mixus, quien no le dirigió la palabra a Yustof en

unos días. La actitud sombría y callada de Mixus contrastaba con la actitud socarrona y burlona de Yustof, causando roces entre ellos, aunque Mixus no decía ni palabra.

- Silencio - les interrumpió Korvus - sois peores que dos malditos niños de dos años.

- Anda, calla un poco - le rebatió Yustof.

- ¡Pero serás...! - Korvus sacó su gigantesca maza saltando del caballo.

- ¡Parad ya los dos! - Mrax saltó del caballo para parar la pelea.

Todos se quedaron paralizados. Sin saber cómo, en un instante, Mrax se encontraba en medio de los dos caballeros, quienes estaban a punto de batirse. Todos se quedaron mirando a Mrax, quien, otra vez en un instante, había inmovilizado a Korvus y Yustof con unas cuerdas que se encontraban en su mochila.

Prosiguieron el viaje, mientras los miembros restantes discutían qué hacer. Unos (Mixus, más concretamente) proponían capturar a un macro vivo para descubrir sus capacidades. Morkan y Mrax se decantaban por ir hacia el este, donde creían que se originó la plaga. En ese instante, Korvus despertó, con la poca discreción que le caracterizaba. Se quedó callado, dirigiendo una mirada cargada de odio hacia Mrax, quien intentó ignorarlo en la mayor medida posible. Cuando Korvus habló, solo fue para dar una idea:

- Deberíamos prepararnos para el ataque de un macro. - comentó el sombrío ser.

- Pues también es verdad - contestó Mrax, intentando ganarse la confianza de Korvus.

- Yo lo digo porque por ahí viene uno - señaló Korvus.

Y era cierto. La bestia, erguida sobre sus dos patas, caminaba hacia el grupo. Estos, por puro instinto, aceleraron los caballos para huir. El macro, viendo que no podía perseguirlos, empezó a saltar como si de una rana de 10 metros se tratase. A saltos agigantados, alcanzó al grupo en unos breves minutos.

Yustof despertó por el estruendo. Asegurándose de que nadie le viese, se quitó las cuerdas él solo y la mordaza, destapando discretamente otra de sus habilidades: podía convertir su cuerpo en hilos con vida, y juntarlos para volver a su forma original a voluntad.

Cuando llegó al campo de batalla, nadie le vio, por suerte, ya que lo amordazarían de otra forma. Por desgracia, Yustof se dio cuenta de que su habilidad de predicción no serviría de nada contra una bestia muda, así como su habilidad de convertirse en hilos, que él llamaba "String Fri", dejaría a sus compañeros en desventaja. Por esto, volvió a su caballo corriendo y se puso a buscar un arma que le permitiese combatir contra esa bestia.

Por el otro lado, Mixus, Korvus, Morkan y Mrax luchaban codo a codo contra la enorme bestia. Mixus la intentaba apuñalar con una de sus granespadas, enormes tajos de metal forjados por el propio Mixus que tenían el tamaño de un hombre robusto, y podían acabar con cualquier vida en instantes. Sin embargo, contra los macros, era inútil, ya que cuando intentaba clavar la espada, los tikas se separaban, haciendo a parte de la bestia intangible. Por si fuese poco, Mixus debía evitar a toda costa que le mordieran. Morkan intentaba abrir el suelo para atrapar a la bestia, pero esta siempre se dividía en nubes intangibles de tikas y se volvía a juntar, por lo que era inútil. Además, el cansancio estaba empezando a afectar a la potencia de sus golpes. Mrax, por su parte, daba uso a una velocidad demasiado rápida para ser vista por el ser humano, pero que tampoco servían de nada. Por desgracia, Mrax sólo podía curar heridas, por lo que no podía hacer nada con la cada vez más debilitada Morkan.

Korvus, en un intento por defenderse de los tikas que le atacaban, usó a su maza "Apokalips" como fuente de fuego. Y esa fue la solución. En las zonas más próximas a la llamarada, la bestia volvía su piel negra, resbaladiza y negra y brillante como el alquitrán. Esa era la oportunidad de atacar. Mixus, con una rápida reacción, clavó su gran espada en la zona tangible, dejando a la bestia inconsciente de un solo golpe. Pero no estaba muerta.

Hasta que, de pronto, se oyó algo de fondo...

- ¡Lo tengo! - se oía en la lejana distancia.

Mixus, usando su aguda vista, pudo ver como Yustof venía corriendo con un puñado de pequeñas cuchillas.

- Pero qué... - dijo, extrañado por la repentina euforia de Yustof, y pensando en cómo se había liberado.

Por fin, Yustof llegó junto al grupo.

- ¡Los ojos!¡Hay que clavarle esto en los ojos! - chilló Yustof, que no cabía en sí por este descubrimiento.

- ¿Qué ojos? - le preguntó Mixus - El macro es ciego... - le contestó.

- Le habéis lanzado una llamarada, ¿no? - predijo Yustof, sin haberlo visto.

- Eh... pues sí... - contestó Mixus, anonadado por las capacidades deductivas de Yustof.

- ¿Se la habéis lanzado a los ojos? - preguntó el eufórico caballero - Bueno, donde tendría que haber unos ojos... - añadió.

- Mmm... no...- recordó Mixus - ¡Korvus! ¡Lánzale una llamarada a la cara! - le gritó.

Korvus obedeció y volvió a provocar una llamarada en la punta de su maza.

- ¡Aquí no pasa nada! - exclamó el caballero - ¡Esperad! ¡Se nota algo amarillo!

- ¡Los ojos! - le dijo Yustof, corriendo hacia él con las cuchillas en la mano - ¡Tienes que hacerle un corte en forma de cruz en cada ojo!

-¿Que yo qué? - le preguntó Korvus - Ni hablar.

- Anda, ya lo hago yo - suspiró Yustof, mientras colocaba las cuchillas en una precisa posición - Apartad, puede salpicar...

Cuando presionó las cuchillas, cortando los ojos de la criatura, una hirviente líquido amarillo limón empezó a salir, dejando un fuerte olor a carne quemada a su paso.

- Por Ud'Zal, pero que ascazo - se quejó Morkan - Una cosa: ¿no oléis como a... cacti asado?

El cacti era un mamífero común en todo el mundo, muy utilizado en la cocina por su versatilidad. El animal en sí era del tamaño de 3 hombres juntos, con una increíble fuerza. Sin embargo, los cactis eran totalmente mansos, y lo único que hacían era comer y dormir todo el día, por lo que, a no ser que los provocases (en cuyo caso una coz suya podría romper un hueso fácilmente), no suponían ningún peligro.

- Vale, ¿y ahora qué hacemos? - preguntó Mrax - Ya parece que no podría estar más muerto...

- Oye Korvus, ¿le puedes abrir el cráneo con tu bastón? - sugirió Yustof.

- Que es una maza, pesado - resopló Korvus - A ver, dejad paso...

De un brutal golpe, el cráneo del macro estaba abierto, dejando ver su verdadero secreto.

- Pero qué... - dijo Mixus.

- Que ascazo... - añadió Morkan.

- Que es esta abominación... - se sorprendió Korvus.

- ¿Esto podría existir? - preguntó Mrax.

- Me lo suponía... - comentó Yustof, ante la sorpresa de todos - Nunca hemos entendido del todo los tikas.

"Son en verdad unos parásitos que amplifican las capacidades físicas de los seres vivos, a cambio de la conciencia. Estos han corrompido a un cacti, por eso tenía tantísima fuerza. Además, cuando se adhieren a algo, se unen a su cuerpo en forma de nubes vivas, que devoran la piel de los seres hostiles hacia ellos. Anda, vamos hacia el este"

Una vez cada uno estaba en su caballo, partieron de nuevo, hacia el este, todos con una extraña mezcla de alegría y miedo por lo que se escondía detrás de todo.

- Oye Yustof... - dijo Morkan - ¿Cómo has sabido lo de los macros? O... los tikas... o como los tengamos que llamar...

- Llamémoslos macros, que aún no sabemos tanto - contestó Yustof - Lo de los macros, lo sabía porque en mi viaje para venir desde Kurumuru, mi tierra natal, vi a varios de estos con muchísimas formas: reptantes, pulpos, vi un macro avestruz... y cuando vi a este, revisé mis libros sobre la anatomía (porque sí, me intereso por la biología) y leí que un tika, antes de mutar y convertirse en esta plaga, potenciaba a los seres vivos sin matarlos, guardando al espécimen original en un cráneo y todo el proceso de los ojos. Por eso, cuando vi a ese macro con forma de cacti, me liberé de las cuerdas e intenté descubrir el cómo matarlos.

El grupo se quedó sin palabras, y, sin darse cuenta, ya era de noche. Decidieron darse un poco de descanso y acampar al raso. El viaje estuvo bien durante unas semanas, el tiempo suficiente para descansar y recuperarse al completo. Y falta que les haría...

El grupo guardaba silencio, sin saber que se encontrarían al este. En ese preciso momento, estaban cruzando el desierto de Arkes, uno de los más secos del mundo, y conocido por su extensa variedad de fauna, que incluía animales desde los mectos, pequeños insectos que se dedicaban a chupar sangre de los humanos en pequeñas cantidades, hasta los Maxiontes, gigantescas aves de presa que, excepto en casos

puntuales, no atacaban a los humanos. Pero, como Yustof dijo: "las tikas toman la conciencia del ser al que corrompen".

Para descansar un poco, Yustof le lanzó una pregunta a Mrax:

- Oye - le dijo Yustof, al tiempo que Mrax se giraba hacia él - ¿Cómo tienes una velocidad tan impresionante y no dijiste nada? Parecía invisible.

Mrax se quedó callado. Para el resto del grupo no pasó nada, pero Yustof vio el verdadero secreto. Un espíritu humanoide que medía dos metros, de color gris con placas amarillas que cubrían todo su cuerpo, y con unas bombonas, también amarillas, a su espalda salió de Mrax. Este se quedó callado, pero su espíritu habló, siendo solo visible y audible por el otro portador, Yustof:

- Yustof, este es mi espíritu. Lo llamé "Hekos", y lo poseo desde que nací. - el espíritu continuó - Esa velocidad que crees que ves es algo muy distinto: Hekos puede parar el tiempo. Mi padre, Darío Brando, tenía un espíritu igual. Él lo llamó "El Mundo", como la carta del tarot. Jamás pensé que me encontraría con otro portador, y créeme que estoy muy feliz de haberlo hecho. Sin embargo, no podemos revelar esto a no ser que nos vean usar nuestras habilidades. Parece que tu espíritu puede transformarte en hilos que separas y unes a voluntad. ¿Tiene nombre?

El espíritu de Yustof salió, revelando su verdadera forma: otro delgado espíritu humanoide de color azul y unas gafas de sol que no dejaban ver sus ojos.

- Sí - contestó el otro espíritu - es String Fri. Sin embargo, Mixus ya empieza a dudar de cómo me liberé aquella primera vez. Creo que me viste, y te agradezco que no se lo contases a nadie.

- Claro, confía en...

Se oyó un ensordecedor graznido en el momento que nadie se esperaba. Todo el grupo miró hacia arriba, esperando ver algún cuervo. Pero no. Lo que vieron fue un maxionte corrompido lanzándose en picado hacia ellos, a una velocidad vertiginosa.

- ¡A CUBIERTO! - chilló Korvus, mientras se lanzaba al suelo y cerraba los ojos

Sin embargo, no pasó nada. Cuando abrió los ojos, vio a una debilitada Morkan, que había usado su escudo para absorber el impacto del maxionte, quien había vuelto a emprender el vuelo. El escudo de fuerza estaba ahora muy debilitado, y parpadeaba con una luz ámbar que indicaba que había perdido toda su fuerza. Todos subieron a sus caballos y salieron al galope, buscando salir del desierto y una cueva para protegerse a ellos y a sus caballos, en los que llevaban todas sus provisiones.

Cuando por fin encontraron una cueva y bajaron de los caballos, tumbaron a Morkan en el suelo (quien había quedado inconsciente tras el golpe) y pidieron a Mrax que lo tratase.

- No es imposible, pero tomará tiempo y necesito concentrarme mucho - pidió Mrax - montad guardia en la entrada de la cueva mientras.

Todos estuvieron alerta hasta que cayó la noche, cuando decidieron montar guardia por turnos. Mrax fue a dormir, ya que pasó todo el día curando a Morkan, y a esta la dejaron tumbada en el suelo por precaución.

Un rato más tarde, le tocaba a Mixus hacer guardia. Este se dirigió a la entrada de la cueva, lejos del lugar donde dormían, y se dispuso a aguantar hasta el final de su turno. Cuando volvió a dormir, acordaron entre todos que podían descansar lo que quedaba de la noche.

Mixus se despertó el primero del grupo. O eso creía. Cuando se levantó, se paseó un poco por la cueva, y vio a Mrax con los ojos rojos y muy cansado.

- ¡Mrax! - exclamó Mixus - ¿Qué pasa?

- Es Morkan - Mrax rompió a llorar - Ha muerto esta mañana.

La expresión del callado caballero se quedó helada. No podía creer que Morkan, quien había sobrevivido a desastres de magnitudes colosales, hubiese muerto tan repentinamente.

- ¿Pero cómo? - insistió Mixus - ¿Cómo ha muerto?

- El impacto de maxionte destruyó su escudo de fuerza - continuó Mrax - Pero no nos dijo que ese escudo estaba conectado a su alma. Si destruyen el escudo, destruyen el alma de Morkan. Ella prefirió dejar de vivir a ser un cascarón vacío que sólo supusiera una carga para nosotros. ¡Y acabó con su vida parando su corazón!

- ¡¿Qué?! - chilló Mixus - No me lo puedo creer.

Un rato más tarde, cuando ya todos estaban despiertos, Mixus y Mrax difundieron el suceso. Las caras de Yustof y Korvus se quedaron congeladas. No podían imaginarlo. Un solo impacto había matado a su amiga. Un solo golpe había acabado con una de las luchadoras más fuertes del mundo. Su miedo e inseguridades crecieron dentro de ellos. Habían bajado la guardia tras el ataque del cacti, y eso les había costado muy, pero que muy caro.

Siguieron su camino, destrozados tras la pérdida. Una vez salieron del desierto de Arkes, Mixus consultó su mapa.

- Si seguimos al este llegaremos a los deltas basálticos - anunció - Habrá que tener cuidado, si un cacti corrompido ya nos lo hizo pasar mal, y el maxionte acabó con Morkan de un solo impacto, allí nos espera algo mucho, pero que mucho peor...

- ¿Cómo qué? - preguntó Yustof, quien había dejado atras su socarrona personalidad - ¿Hay algo peor que una bestia gigante con alas que se lance a por nosotros?

- ¿Alguna vez has oído hablar de los lavagantes, Yustof?

- ¿Los qué?

- Los lavagantes son unos monstruosos seres bípedos, sin brazo ni troncos, que apoyan su enorme cráneo en sus dos fuertes piernas. Su piel era tan extremadamente gruesa y dura que podían caminar sobre la lava de los volcanes fatuos, y de alguna

forma flotar en ella. - explicó Mixus - Y, por si no lo sabes, la lava de normal no es peligrosa para la mayoría de seres vivos. Pero como te he dicho, pueden caminar sobre los volcanes fatuos, por los cuales pasaremos

- Los volcanes... ¿fatuos? - preguntó Yustof - Creo que los he oído mencionar alguna vez en Kurumuru, mi pueblo... pero explica, no los conozco

- Verás,son - empezó a contar Mixus, hasta que Korvus le interrumpiera

- Son mi tierra natal. - completó Korvus - Nací allí, en la ciudad de Kharbrank. Y te equivocas, Mixus. Los lavagantes no suponen ningún peligro. ¿Os he explicado en algún momento del viaje cómo conseguí toda mi fuerza?

- No, creo que no - contestaron Mixus y Yustof, ya que Mrax seguía dormido (estaba exhausto, y le habían dejado descansar)

- Un axogalopante. - sentenció Korvus - Esos sí que van a ser un peligro si nos encontramos a alguno corrompido. Y además, sé muy bien lo que pueden hacer...

"Los axogalopantes son unos seres magentas, con 6 patas y una increíble fuerza. Su cuerpo está totalmente cubierto de anillos cartilaginosos, muy flexibles y casi irrompibles. Solo tienen un pequeño hueco sin cobertura, encima de la nuca. Tienen la cabeza rematada con un afilado cuerno de hueso. Olvidaos de darle en la cabeza, por cierto. La tienen recubierta con todo un casco que desarrollan en su piel. Si los anillos del resto del cuerpo son duros, la cabeza es indestructible. Sus ojos están siempre en llamas, dejando una estela de fuego morado a su paso. Y, por si fuera poco, son increíblemente venenosos. Una sola punzada, un minúsculo roce de su cuerno óseo, y no hay solución. Así que tened mucho cuidado."

- Pero... el fuego les seguirá haciendo efecto, ¿no? - preguntó Yustof

La expresión de Korvus se quedó helada. El fuego no servía contra un ente que ya estaba en llamas de normal.

- Hielo. - contestó instintivamente Korvus - Necesitamos hielo.

- Pues necesitamos algo, ya. - replicó Mixus - Con este calor, conseguir hielo va a ser difícil.

- Oye, Mixus... - pidió Yustof - no tendrás alguna idea para que la maza de Korvus pueda disparar hielo, ¿no?

- Hmm... - pensó Mixus - No lo sé, tendré que mirar a ver si hay alguna manera de hacerlo.

- Paremos aquí - dijo súbitamente Mrax - Los caballos tienen que descansar.

Korvus se fijó más detenidamente en Mrax. Estaba destrozado por la muerte de Morkan. Las ojeras, su decaído ánimo, y un constante cansancio lo decían todo sobre el estado anímico de este. Todos se sentaron, dejando sus cosas en el basáltico suelo. Mixus bajó de su caballo un extraño artilugio, con una forma cuadrada y unas cuerdas de colores que salían de ella.

- Oye Mixus - se extrañó Yustof - ¿Qué es eso?

- Pues... ahora te explico - contestó este, mientras bajaba más y más artefactos extraños del caballo.

"Esta extraña caja con cuerdas se llama batería. Sólo hay unas pocas funcionales en todo el mundo conocido, y esta es una de ellas. Si lo hago bien, podré conectar estas bombonas rellenas con agua a un refrigerador y conseguir que la maza de Korvus dispare hielo. Porque sí, el hielo es agua muy fría, a unos 43 grados muka bajo cero"

Pasaron toda la noche montando guardia por turnos, protegiendo a Mixus, que seguía trabajando en la batería.

Cuando llegó la mañana, se presentó una muy desagradable sorpresa. Un aterrador rugido que hizo temblar a todos los seres vivos allí presentes. Korvus se

quedó verdaderamente aterrado:

Un axogalopante los había visto y se dirigía a ellos. Pero este rugido era diferente. Korvus pensó que podría ser un alfa, pero descartó la idea. Siguió pensando, hasta que dio con la terrífica solución: un axogalopante alfa, más fuerte y grande que una normal, había sido corrompido. y se dirigía directo hacia ellos.

- ¡Mixus, por lo que más quieras, termina ya esa maza! - gritó un aparentemente indefenso Korvus, que le había dado la maza a Mixus para que la convirtiese en un aspersor de hielo.

Cuando el axogalopante llegó, Korvus hizo uso por primera vez de su habilidad innata de líder. Con un ensordecedor silbido, llamó a un pequeño ejército de criaturas de diversos colores: amarillo, rojo, verde, azul...

Había llamado a su horda personal. Cuando lanzó a sus esbirros hacia el axogalopante, su gema del guante izquierdo cambió a un amalgama de todos los colores anteriormente mencionados, pero empezó a girar. Estaba llamando a más esbirros. Usándolos como carnada, Yusof usó su "String Fri" para esquivar todos los golpes del adversario y dar potentes golpes a un cráneo misteriosamente palpable, redirigiendo toda la masa de su cuerpo a un único punto. Mrax hacía uso de su Hekos, asestando potentes golpes y curando heridas leves de sus compañeros. En el fondo, Mixus parecía tener problemas con la maza, hasta que lo logró y se dirigió corriendo hacia Korvus.

- Ponte estas bombonas en la espalda - le indicó al caballero, que resistía por no caer ante los golpes de la bestia - coge tu maza, que ahora tiene un tubo conectado a las bombonas y haz que lance fuego hacia el axogalopante.

- Está bien... supongo - se resignó Korvus.

Este, con cuidado de no tocar a la bestia, se acercó a ella, y con un ensordecedor grito, lanzó fuego hacia la bestia. O eso creyó él. De la punta de su maza salió un chorro de agua que, al tocar al axogalopante, se convirtió en hielo, que rápidamente inmovilizó a la bestia.

- ¡Sí! - exclamó Mixus - ¡Lo conseguí!¡Korvus, golpéalo en la cabeza con la maza, sin disparar!

Korvus saltó, partiendo el cráneo de la bestia en pedazos cristalinos, que se esparcieron por todo el lugar. Cuando se acercó a ver el agujero, vio una abominación moribunda.

- Está muerto - sentenció - Un momento... ¡Yustof!¡A este no ha hecho falta darle en los ojos!

- ¿Qué? - preguntó el caballero, extrañado - Vaya, es curioso. Un momento, tengo que anotarlo...

Volvió con una libreta, murmurando en voz baja mientras escribía: "Los seres corrompidos en biomas calientes no pueden ser derrotados con fuego, necesitan hielo. Además, partir el cráneo de la bestia es suficiente, no hace falta cortarle los ojos..."

- Interesante... - comentó Yustof - Creo que ya nos es inútil. Mata al axogalopante.

Cuando Korvus estaba a punto de acabar con la vida del ser, este hizo un lastimero sonido, que le produjo sentimientos encontrados a Korvus.

"De pequeño, después de que el axogalopante le mordiese, este fue pacífico el resto de su vida. Korvus, a falta de amigos humanos, hizo buenas migas con este peculiar axogalopante, quien tenía un rugido más agudo de lo normal. Incluso le puso nombre: Kory."

Era él. El único amigo que tuvo en la infancia. Kory había sido corrompido, y ahora era el deber de Korvus acabar con su vida. Una lágrima resbaló por la cara de este, llamando la atención de Yustof.

- Oye, Korvus.. - preguntó Yustof - ¿Estás..?

- No. - replicó Korvus, con la voz a punto de quebrarse - Estoy bien.

Para demostrarlo, y con gran dolor, descargó un potente golpe de su maza sobre Kory. Esa criatura ya no era él. Había sido corrompido, y Kory había muerto tiempo atrás. Eso fue lo que Korvus se repitió para que dejase de dolerle.

Una vez en el caballo, Mixus le preguntó a Korvus por qué no había usado su habilidad de horda antes.

"Los esbirros no viajan grandes distancias. Antes, al ser mi tierra natal, pude llamar a muchos de ellos". Breve explicación y, aun así, fue suficiente.

Los suministros empezaban a escasear. Habían usado gran parte de los antisépticos y medicinas en un esfuerzo vano para salvar a Morkan, y el viaje se estaba haciendo tan largo que las enormes mochilas llenas de comida y bebida empezaban a pesar cada vez menos.

Días más tarde, salieron de los deltas. El clima cambió extremadamente, y solo Mrax conocía estas zonas, alejadas ya de las civilizadas zonas del oeste. Empezó a llover, y lo que parecía una ligera llovizna acabó siendo una granizada. Mixus, en un amago por cubrirse de la llovizna, se cubrió con el escudo. Sin embargo, en el momento que empezó a caer granizo, el escudo se abolló. Obviamente, ante esta granizada, buscaron una cueva para cubrirse. Unos minutos más tarde, vieron una cueva en el suelo, y entraron.

Cuál sería su sorpresa al ver que había una gigante puerta de madera en perfecto estado. Se bajaron del caballo, y empujaron con todas sus fuerzas para abrir la puerta. Cuando la abrieron, cogieron todo y entraron.

Ante sus ojos, vieron una red de túneles subterráneos, los cuales exploraron brevemente. Tras revisar todo y ver que no había nada, decidieron marcharse.

Hasta que, de pronto, escucharon un chirrido. Una puerta que estaba escondida tras unas sillas se abrió, y fue ahí donde Mixus, Korvus, Yustof y Mrax fueron testigos

de uno de los descubrimientos más importantes para combatir los tikas.

Un hombre corrompido, que cayó nada más abrir la puerta. Con sus dotes deductivas, Yustof concluyó que muy probablemente fuese el único ser allí y había muerto de inanición. Atraído por su curiosidad innata, se adentró más allá de la puerta, seguido por el resto del grupo.

Y, si habían tenido problemas combatiendo animales vulgares corrompidos, en ese momento empezó la verdadera pesadilla. Un gigantesco pilar de piedra sin pulir, unido al techo y el suelo de la cámara en la que se encontraba. En el pilar se veía una forma claramente humanoide, rodeada de una gran cantidad de insectos gigantescos. El grupo no lo sabía, pero era la evolución de los tikas mutados que causaron la plaga.

Estaban a punto de irse, cuando la figura del pilar se movió. Ante la horrorizada expresión de los caballeros, el monstruoso ser saltó del pilar, haciendo retumbar la sala. Durante unos minutos, se dedicó a explorar la sala. Parecía que hubiese despertado de un largo letargo.

Ante la sorpresa de todos, el ser pronunció unas palabras que desataron el terror en todo el grupo:

- Sí que ha cambiado el mundo - comentó el ser, con una grave y profunda voz - Y mis tikas ya no están vivos, están aquí encerrados...

El grupo estaba ya lo suficientemente aterrorizado con un ente que parecía ser el causante de toda la plaga.

Sin embargo, en ese momento, el ser dijo la frase que lo decidiría todo:

"Y vosotros habéis venido para... ¿intentar acabar conmigo?"

El grupo se puso en posición de defensa instintivamente. Al verlos, el ser dijo:

"Insolentes, parece que tendré que moldear el mundo a mi manera... otra vez"

La odisea sólo acababa de empezar...

Víctor Valerio Martínez de Espronceda, 4º

Mi abuela y sus hermanas

Hoy, voy a hablaros de mi abuela, María. Ella siempre cuenta una historia, la cual dice lo siguiente.

En aquellos tiempos, donde el caos reinaba, se encontraba mi abuela, en una villa llamada Mendavia. Vivía en una casa campera a las afueras del pueblo, con sus 5 hermanas, la cual mi abuela era la mayor, con 12 años, y sus padres, José y Raquel.

Era una mañana fría cuando mi abuela y sus hermanas salieron a jugar con sus amigas cerca de las orillas del río Ebro. Todo iba bien hasta que de repente, un hombre misterioso se acercó hacia ellas. Cuando mi abuela se dio la vuelta, ninguna de sus hermanas estaba con ella. Mi abuela asustada, volvió corriendo a casa, sin aliento contó lo sucedido a sus padres. Inmediatamente, salieron corriendo de casa y fueron al lugar de los acontecimientos, no había rastro de ellas. Una vez la policía avisada, aguardaron. José, angustiado, pasaba horas peinando la zona, pero no había rastro de ellas.

Una tarde oscura, mi abuela se hallaba lavando la ropa en la orilla del río, cuando un ruido interrumpió su labor, le pareció oír el llanto de una de sus hermanas dentro del río, pensando que era imposible, mi abuela volvió a casa con la labor hecha. Tras varios días escuchando el ruido, decidió montarse en una pequeña y mohosa barca hasta llegar a un pequeño islote que había en el centro del cauce del ancho río.

Entre los frondosos bosques del islote, se encontraba una cabaña cubierta por ramas y paja. Decididamente miró por uno de los orificios y, efectivamente, estaban allí. Rápidamente, mi abuela entró en busca de ellas, se encontraban totalmente desnudas, atadas y con el pelo cortado a trozos. María, velozmente las desató y las llevó de regreso a casa. Los padres alegres las asearon y las pusieron cómodas.

Al fin y al cabo, después del susto que esto acarreó, mi abuela y sus hermanas nunca más volvieron a las orillas del río por el percance. Hoy en día mi abuela nunca más ha visitado el Ebro y cuenta esta historia con lágrimas en los ojos.

David Fernández, 4ºA

Nika Bakker

Hacía una semana que él se había ido, todavía no podía asimilar que no lo tendría nunca más, que no podría volver a besar sus labios, que jamás le escucharía de nuevo llamarme Pulgarcita, la rabia, la tristeza y, al mismo tiempo la culpa, se apoderaron de mí. Todavía no podía creer que su propio padre lo matara. ¿Lo que más me duele? Que esa maldita bala iba para mí, pero la recibió él, dando su vida por la mía. Las lágrimas brotaban de mis ojos con más intensidad cada vez que recordaba alguno de los momentos que pasamos juntos. De nuevo volví a dormirme llorando, pero esta vez algo fue diferente. Abrí los ojos y lo vi, él estaba frente a mí, no estaba alucinando, Nika estaba frente a mis ojos, tan guapo como siempre. Cuando lo vi, corrí hacia él, lo abracé tan fuerte que notaba como me quedaba sin respiración. Poco me importó recordando cuánto anhelaba volver a hacer eso, cuando nos separamos volví a escuchar su voz: "¿Me has echado de menos Pulgarcita?"- dijo esa voz que tan bien reconocía, "No tienes idea de cuánto idiota"- le respondí y, por un momento, todo era como antes, nada había pasado y al menos él estaba conmigo de nuevo, todavía no podía creerlo, con lágrimas en los ojos le miré y me dijo: "No llores Pulgarcita, todo va a estar bien te lo prometo, pero tú tienes que prometerme que vas a seguir adelante sin mí"- dijo Nika con los ojos llorosos, como si estuviera evitando llorar. "No me pidas eso, no puedo seguir adelante si tú no estás conmigo, no puedo estar sin la única persona de la que me he enamorado"- sin dejar de mirarlo a los ojos, él me mira de arriba abajo entonces ya sabía lo que quería que dijera: "¿Qué miras?- él sonrió y me contestó: "Admiro la vista"- dijo él con una sonrisa triste. Me acerque a él para darle ese beso que tanto anhelaba cuando, de repente, un fuerte sonido hizo que Nika desapareciera de mi vista y desperté. Ahí me di cuenta de que nada había sido real, Nika sí había muerto realmente y no volvería, me levanté todavía pensando en él, se había sentido tan real, pero ahora me toca enfrentar la verdad y aprender a vivir sin él, aunque me destroce el alma en el intento yo, Mia Fevrau, tenía que aceptar que Nika Bakker había muerto y no había nada que hacer. Me vestí de negro y, ni me maquillé, pues hoy era la misa para despedirme de él definitivamente. La señora Bakker y Aksel estaban destrozados, ellos habían perdido a un hijo y a un hermano y yo a mi última oportunidad de ser feliz.

Andrea Irigaray Pérez, 4ºA

Pasarela de algodón

"Lo sentimos está demasiado gorda", "buscamos a alguien con cintura más estrecha", "necesitamos a alguien mejor". Recuerdo esos comentarios mientras corro en la cinta eléctrica, demasiado rápido, subo la velocidad a 20 kilómetros hora, solo aguanto dos minutos a esta velocidad antes de tener que pararme por culpa de las arcadas. Vomito, solo me sale bilis mezclado con agua, después de todo no ingiero nada hasta el mediodía.

Después de eso me voy a dar una ducha de agua fría, cuando me seco, saco un metro de tela para medir mi cuerpo, 88, 59 y 92, me peso y sale 52 kilos. Necesito adelgazar más o si no, no me van a aceptar en la compañía que quiero. Voy a prepararme algo de comer a la cocina. Mi comida de estas últimas seis semanas ha sido cuatro bolas de algodón untadas en zumo de naranja o de limón. Es lo único que suelo ingerir diariamente, aunque algunas noches me preparo dos bolas de algodón más para cenar.

Llega el día de la pasarela, me han aceptado en la compañía que quería, ahora me están arreglando para salir con el primer vestido. Voy a modelar con tres vestidos en total esta noche. Cuando salgo con el primer vestido todo va genial, con el segundo vestido también, pero me empiezo a marear un poco al final de la pasarela, y mientras me están arreglando con el tercer vestido estoy demasiado mareada, pero no digo nada. Este es mi sueño y un mareo no me lo va a fastidiar, pero durante la pasarela del tercer vestido me siento muy mareada y a la mitad de la pasarela todo se vuelve negro.

De repente, me despierto en el hospital, y me doy cuenta de que estoy conectada a muchas máquinas. Me asusto mucho y estoy a punto de quitarme todas las vías, pero una mano me sujeta. Cuando me giro a ver de quien es, veo a mi hermana menor, con los ojos llorosos "¿Por qué?" me pregunta. Yo no la entiendo hasta que me dice de nuevo "Qué te pasó por la maldita cabeza para comer algodón".

Me quedo en blanco, sin entender cómo se ha enterado cuando nunca se lo he contado, hasta que le respondo: "Para adelgazar". Me riñe y me cuenta que me desmayé en mitad de la pasarela y que me trajeron a urgencias, me tuvieron que hacer un lavado del aparato digestivo por culpa del algodón y que tengo desnutrición severa. Ahora me doy cuenta de que estoy demasiado flaca para mi altura y lo que ha sufrido mi cuerpo este último mes por mi culpa.

Itxaso Miquelez Salcedo, 4ºA

Por qué no le dije adiós

Nos encontramos en el 18 de noviembre de 2018 era de noche y hacía frío, eran las once de la noche cuando me metí a la cama, mañana era sábado y estaba ilusionada por salir con mis amigos, cuando una hora después sonó el teléfono, me desperté y vi cómo mi padre encendía las luces, oí cómo arrancaba aquel coche viejo y cómo su motor se encendía rápidamente y se iba alejando de nuestra casa, hasta que deje de oírlo. Mi madre subió a mi habitación y con los ojos llenos de lágrimas y su respiración forzada me dijo:

-Nos acaba de llamar la tía, el abuelo Emilio ha fallecido.

-Vale-, le dije y me volví a meter a la cama.

Cuando pasaron veinte minutos desde aquella impactante noticia empecé a sentir un dolor en el pecho, no podía respirar bien, no volvería a ver a mi abuelo, a hablar con él, a reírme de sus tonterías... Pero conseguí dormirme, sin saber lo que me esperaría en el día de mañana.

Me levanté sobre las diez de la mañana, mi padre estaba tumbado en el sofá, su cara reflejaba cómo su corazón se había roto en mil pedazos por el fallecimiento de su padre. Todo estaba triste, en esa casa no amanecía la felicidad, se fueron al tanatorio y me dejaron sola, no tenía a nadie cercano, la soledad de las paredes absorbía la poca felicidad que le quedaba a mi cuerpo hasta que me rendí. No paraba de pensar en que no le pude dar la despedida que se merecía, ese mismo día me fui de su casa sin despedirme de él, sin darle un último abrazo y sin decirle un último adiós.

Mis padres me prohibieron ir al tanatorio, pero yo no les hice caso, cómo no me podían dejar despedirme de mi abuelo. Me presenté en el tanatorio, arreglada como le habría gustado verme, feliz con una sonrisa en la cara, que no duró mucho tiempo. Y ahí estaba, con los mismos ojos grisáceos, su misma esencia y con la misma alegría

de siempre aunque no estuviera entre nosotros. Me quede quieta, blanca como la nieve, nunca había tenido esa sensación, siempre había estado en el otro lado de la línea, en el lado en el que simplemente ves cómo la felicidad de aquellas personas se les va poco a poco, mientras que tú no sabes qué es esa sensación. Pero esta vez era distinto, había cruzado la línea y creedme cuando digo que no hay nada bueno al otro lado de la línea, solo ves cómo personas vienen y van, y tú sigues sin asimilarlo.

Entré a una sala, solo veía paredes grises, me di la vuelta y ahí estaba mi familia. Pero me di cuenta de que por mucho tiempo que pasase, esa familia, mi familia, no volvería a ser la misma de siempre porque no podemos reemplazar el vacío que nos dejó mi abuelo. Fue la tarde más larga de mi vida, solo veía como personas salían y entraban de aquel lugar. No pude aguantar más y salí corriendo. Paré en seco, me di la vuelta y vi cómo todas las personas me miraban. Era una niña a la que nadie había preparado para esto, nadie te prepara para ver sufrir a tus familiares y por mucho que pase uno sigue sin acostumbrarse. Desde ese momento aprendí que la vida son buenas y malas rachas, que al final todos se van y todos te dejan marca.

Pasaban las horas y yo seguía allí, se hizo de noche y empezó a llover por lo cual nos fuimos a casa. Al llegar, fue una sensación extraña, nadie hablaba por lo cual me despedí y me fui a mi habitación, cogí los auriculares, me puse música antigua que me abuelo me cantaba y lloré hasta dormirme. Me desperté en medio de la noche, noté como mi piel estaba irritada por el frío de aquella habitación, intenté dormirme pero no pude, no podía hablar, tenía la garganta seca e irritada. Oís eso, ¿no, verdad? Así sonaba mi habitación, vacía hasta que salí a la terraza, hacía un frío helador por lo que cogí las zapatillas, la manta y salí a sentarme a aquella tumbona sucia. Miré hacia arriba y vi cómo todo estaba nublado por lo que no se veían ni las estrellas... hasta que apareció una, y fue ahí cuando me acordé de su significado.

Mi abuelo me dijo que las estrellas representaban a los seres queridos que no estaban con nosotros y fue ahí cuando lo supe, mi abuelo me veía desde el cielo, quería asegurarse de que la niña de sus ojos estaba feliz y que su única preocupación sería encender la televisión y no perderse ningún capítulo de su serie favorita. Escuché cómo mi madre subía las escaleras, corriendo, me quité las lágrimas de las

mejillas e intenté que no se notara que había llorado, no quería preocuparla. No era mi madre, era mi abuela contándole cómo me escuchaba llorar todas las noches, que debería ir al psicólogo... Qué tonterías, estaba todo lo bien que se podía estar después de haber perdido un familiar.

Abrí los ojos, no sé en qué momento me dormí pero ya estaba aquí, el último día que vería a mi abuelo antes de ser enterrado, no fui a su entierro ni a su misa y es algo de lo que me arrepentiré toda la vida porque no pude despedirme de él. Si os digo la verdad no me acuerdo de por qué no fui, supongo que tendría mis razones, el caso es que me quedé sola en mi casa, llamé a mis padres y les explique si podían venir conmigo, pero ellos no podían encargarse de su hija, aun así dijeron que ahora irían para casa.

Tocaron al timbre y qué sorpresa no eran mis padres, la verdad es que me lo esperaba, eran dos mujeres que habían contratado para entretenerme un rato, bueno mejor eso que nada ¿No? Me llevaron en coche por la barca, un paseo por la orilla del río Ebro, fue divertido la verdad, por lo menos algo hicieron bien mis padres eligiendo a esas mujeres, para recompensar el no estar con su hija.

Ese día se me pasó muy rápido y eso que no hice nada productivo, lo normal, ver la tele, comer y dormir. Ese día ni me apetecía jugar con los juguetes, ni estar con mis amigos.... Lo que sí que me pasaba era que estaba muy nerviosa, porque me había llamado mi abuela diciendo que mañana iría a su casa, que me quería dar un objeto de mi abuelo. Me dormí pronto para poder despertar lo antes posible e ir corriendo a casa de mi abuela.

Me desperté con un frío que no os imagináis, lo peor no era el frío, era esa sensación de quitarse el pijama calentito y ponerse la ropa fría que estaba en el armario, aunque supongo que todos conocemos esa sensación. Por fin era el día de ir a casa de mi abuela, hasta que mi madre me dijo:

-Corre que vas a llegar tarde, y yo pensé.

-Pero si la abuela no se va a mover de casa.

-¡Mierda!-dije.

-Es lunes, tengo que ir al colegio.

-¡Corre! -gritó mi madre.

Llegué al colegio y todos mis compañeros me miraban y yo pensando que si tenía monos en la cara o algo, estaba triste con los ojos llorosos pero todavía no me saltaban las lágrimas cuando Pablo mi compañero dijo:

-Qué pasa, se te ha muerto el canario o qué.

Lo miré con cara de desprecio y salí de la clase, mi amiga sin dudarlo le dijo:

-Eres tonto, ha fallecido su abuelo.

Y fue corriendo detrás de mí para saber si estaba bien. Me quedé hasta que se acabó la clase en el pasillo simplemente para descansar, después entré y seguí con las clases, cuando se acabaron, salí corriendo a casa para comer cuanto antes e ir a casa de mi abuela.

Toqué al timbre y me abrió mi abuela, me dijo que le gustaría darme la cartera de mi abuelo, una cartera rara, que mi abuelo compró cuando trabajaba viajando entre los pueblos, era una cartera única.

Pasaron los meses y todavía no podía superar la muerte de mi abuelo, solo pensaba en él y en que no pude despedirme. Mis padres veían cómo estaba descentrada con los estudios, no salía, me estaba apartando de mis amigos... Lo único que me ataba a mi abuelo era aquella cartera, hasta que un día desapareció. Yo histérica empecé a preguntar a todos los de mi familia que dónde estaba, si la habían visto, si me la habían movido de sitio...

Ellos me contestaron que la habían tirado, que lo único que hacía esa cartera era recordarme que mi abuelo nos había dejado, me quedé de piedra, cómo podían haber tirado la cartera de mi abuelo, el único recuerdo que tenía de él, ya se habían olvidado de él cómo era posible, hasta que me di cuenta de que yo también había olvidado su voz, me sentí fatal, como si hubiese traicionado a mi abuelo, necesitaba despejarme, salí a la terraza mire hacia arriba y ahí hay estaba, la estrella de mi abuelo. Era una señal, por mucho tiempo que pasase nunca me olvidaría de él, esa estrella siempre me iluminaría el cielo, aprendí que esté donde esté siempre estaremos juntos y nunca nos diremos el último adiós.

Sonia Valerio Martínez, 4ªA

Semblante frío

Me encuentro tumbada en mi cama, boca arriba, mis músculos no responden a las señales que les manda mi cerebro para que se muevan. Sudores fríos empiezan a recorrer mi cuerpo cuando veo una figura alta y desgarbada en frente mía. Es totalmente negra, como una sombra, solo puedo apreciar cómo sus profundos y oscuros ojos me atraviesan con la mirada haciéndome sentir una punzada en el pecho que me deja apenas sin respiración.

La luz de la mañana se cuela entre las rendijas de la persiana haciendo que me despierte con una mueca de molestia. Odio despertarme, y más si me tengo que preparar para ir al instituto. Como todas las mañanas, cojo el uniforme del colegio de encima de la silla del escritorio y, con menos ganas que un niño teniendo que comerse un plato de espinacas, me visto y bajo las escaleras que llegan al primer piso. Giro a la derecha, entrando a la cocina para prepararme mi desayuno de todos los días, café con galletas. Qué desayuno más extraordinario, ¿verdad? Me pongo de puntillas para poder alcanzar las galletas del armario cuando noto que un pequeño papel amarillo cae al suelo. ¡Oh genial! Ahora me tengo que agachar a recogerlo.

He tenido que hacer un viaje por trabajo,

estaré dos días fuera.

Pórtate bien y no la líes.

Mamá.

Qué raro, siempre que mamá tiene que viajar me suele avisar antes, en fin. Bueenoo, esto significa que podría faltar a clases sin que nadie me reprochase. Vacilo un momento antes de acordarme de que tengo un examen trimestral de lengua, había estado estudiando mucho estos días así que no me lo puedo perder.

Mi amiga Lena vive dos calles más abajo que yo, vivimos en una urbanización, por lo que siempre paso por su casa para ir juntas a clase. Me extraña no verla en su portal esperándome como siempre. Ella es una persona muy organizada, tiene todos sus horarios apuntados en una libreta del chino, la cual llama su "agenda personal". En cambio yo soy el desastre personificado. Toco al timbre de su casa, cuando se abre la puerta y veo que no es Lena la que sujeta el manillar, sino su madre, pongo una mueca de extrañeza, ella nunca suele abrir la puerta.

– ¡Oh, Hola Nailea! Lena se encuentra bastante mal, ha estado toda la noche vomitando. Ahora está durmiendo y no he querido despertarla para que vaya a clase.

– No claro, no la despiertes, menuda noche habrá pasado – hundo una ceja apenada. Bueno, yo ya me voy que a este paso voy a llegar tarde.

Observo cómo la mujer me da una sonrisa amigable y cierra la puerta. Me resulta raro que Lena no me hubiese escrito para avisarme, ya he comentado que a ella le gusta tener todo en orden, siempre que no puede ir a clase me avisa para que no pase a por ella, pero no le doy importancia ya que seguro no se habrá dado cuenta con el cansancio que tiene que tener.

Llegando al instituto me doy cuenta de que no hay nadie alrededor de él haciendo tiempo para entrar unos minutos más tarde y perder clase. Supongo que al estar de exámenes trimestrales la gente no querrá perder ni un segundo de clase, pero cuando llego a la puerta me doy cuenta de que está cerrada y hay un cartel pegado informando que hay huelga por no sé qué de los derechos de los estudiantes. No me lo puedo creer, ¿se puede ser más desgraciada?

En estos momentos estoy bastante frustrada, ¿qué le había dado a la gente por avisarme de las cosas a última hora? Sí, yo soy muy desorganizada, pero no creo que merezca este karma.

Una lata de coca cola se interpone en mi camino, la miro de mala gana pagando mi frustración con ella, y, efectivamente, la pateo. Me doy cuenta de que en la casa

de al lado, un señor el cual nunca había visto antes está apoyado en la barandilla del porche mirándome con una expresión neutra. No sé por qué, pero su mirada me causa un escalofrío que me recorre la espina dorsal. Decido cambiar de acera, ya que el hombre me está siguiendo con la mirada y no me da muy buenas vibras. Oigo un pitido de un coche detrás de mí, pero, para cuando me quiero dar cuenta, este ya ha impactado contra mí, causando que salga volando unos metros fracturándose mi pierna y mi brazo. Lo último que consigo ver antes de perder el conocimiento es el hombre con la misma mirada neutra y fría y las luces de la ambulancia aproximándose hacia mí.

Me encuentro en una camilla de hospital, con la pierna y el brazo escayolados y el cuerpo lleno de moratones. Cuando miro al frente veo una figura alta y desgarbada, totalmente negra, como una sombra. Trato de gritar y moverme pero mis intentos son nulos, solo puedo apreciar como sus profundos y oscuros ojos me atraviesan con la mirada haciéndome sentir una punzada en el pecho que me deja apenas sin respiración. Me despierto de un golpe cogiendo una gran bocanada de aire, casi ahogándome. Miro a mi alrededor, con la respiración agitada, buscando la sombra alta y delgada pero me doy cuenta de que estoy en mi habitación y tampoco tengo las heridas del accidente. Rápidamente salgo corriendo hacia la cocina. Efectivamente, mi madre estaba sentada tomando un café.

– ¡¿Qué haces Nai?! ¡Casi te caes por la escaleras! ¡Estás loca! – grita mirándome con los ojos como platos –. ¡Y vístete que tienes que ir a clase!

Cuando voy de camino a clase, paso por la casa del señor que me había provocado un escalofrío en mi sueño. Lo que no me esperaba era verlo en la misma posición, pero esta vez su mirada no era la misma, esta vez frunció el ceño al verme, como si algo le pareciese extraño. Aunque, igualmente, seguía teniendo el semblante frío que hizo que me provocase otro escalofrío poniéndome los pelos de punta.

Celia Elvira Millán, 4º A

Todo cambia en un instante

Nos es imposible saber el instante en el que nuestra vida puede cambiar, simplemente ocurre y hay que amoldarse a ello.

Abril, se encontraba caminando entre las concurridas calles de San Francisco. Se acaba de mudar desde Los Ángeles donde había crecido junto con sus padres y sus hermanos en una gran casa a las afueras de la ciudad.

Ella era una chica de rasgos finos, tez blanca, pelo negro y ojos azules claros como el cielo pero eléctricos como las tormentas.

Abril solía ser muy risueña en su niñez, y era algo que con el paso de los años no había cambiado.

Desde pequeña había soñado con vivir allí, en San Francisco, ya que como ella decía, era la ciudad más hermosa de los Estados Unidos. Los grandes rascacielos aportaban un aire novedoso a la ciudad, sin embargo una gran oleada de recuerdos y nostalgia invadía a las personas que se paraban a observar los hermosos edificios victorianos.

No solo eso le hacía destacar pues poseía una gran vida. Sus calles siempre estaban llenas de gente y tráfico, de grandes restaurantes y de pequeñas tiendas. De esta forma se creó un balance perfecto entre lo nuevo y lo viejo, lo grande y lo pequeño. Era aquel detalle lo que hacía de esta ciudad un sitio único y especial.

Así fue como desde el momento en que aquella pequeña niña se había enamorado de la ciudad años atrás en un viaje con su familia, la idea de vivir en una casa cerca de ellos no era tan atractiva, pues de pronto ya sabía dónde estaba su lugar.

Porque al igual que a muchos otros, la vida le cambió en unos instantes, los instantes en los que se enamoró de aquella ciudad.

Amara Lázaro, 4ºA

Un relato corto

1:

Hoy me levanté tranquila , y como tenía tiempo desocupado , me puse a trabajar en mi computadora , pero me pasó lo que nunca imaginé que me pasara , mi monitor simplemente se descompuso.

2:

Había una vez una hormiga llamada Meliza. Pero un día una cortadora de césped taló el árbol y la hormiga se quedó sin hojas y tenía hambre . Meliza se puso a llorar y otra hormiguita llamada Lucía, que tenía muchas hojas, compartió con ella su comida.

Layla Atmani, 4º A

ÍNDICE

CERTAMEN ABIERTO / Mayores de 16 años

Lo que saben las moscas. *Antonio Tocornal* (1er premio) 9
Mademoiselle Pamele. *Paloma Ruiz del Portal Muñoz* (2º premio) 17

ALUMNADO DEL C.P. SAN FRANCISCO JAVIER

La búsqueda de los amigos de luna. *Alumnado de 1ºA* 33
La reina Elena. *Alumnado de 1ºB* 34
El fantasma de la selva.
Gonzalo Romero, Adrián Urbiola, Vania Muguía y Leire Sancho, Alumnado de 2ºA 35
El fantasma perdido. *Cloe Sánchez, Martín Noreña y Eva Sancho, 2º B* 36
El fantasma que no podía dormir.
Irati Verano, Hodei Guedes, Leví Martínez y Eva Fernández, 2ºB 37
El misterio del diamante. *Noa Clavijo, Marcos Álvarez, Pedro Ruiz y Natalia Sancho, 2ºA* 38
El vampiro contra las hadas.
Meryem Atmani, Bilal Abakhti, Daniel Jiménez y Carmen Izal, 3º 39
Luis y la play maldita. *Gonzalo Ripa, Sebastián Rodríguez y Claudia Romero, 3º* 40
La princesa y los ninjas. *Raquel Fernández, Jayro Dos Santos y Marcos Añibarro, 3º* 41
La bruja y el gato con un diamante robado. *Aroa Rodríguez y Lucía Pascual, 3º* 42
El misterio de la casa blanca.
Pablo Martínez de Espronceda Basarte y Alexandru Ioan Castaian, 4º 43
Frew el conductor. *Rubén Martínez Gurrea, 4º* 44
La niña que descubrió el país de las nubes. ....*Noa Ruiz Moussier, 4º* 45
Las ardillas mágicas. *Asier Mayayo Lecumberri, 4º* 46
El niño ratón. *Eloy Zaduendo Carrasco, 5ºA* 47
La niña que persiguió su sueño. *Carla González Aramendía, 5ºA* 49
Nos mudamos. *Asmaa Said, 5ºA* 50
Un halloween misterioso. *Diego Zaduendo Carrasco, 5ºA* 51
El zoo. *Sara Sainz, 6º* 54
Las botas mágicas. *Iván Martínez, 6º* 55
Los perritos de M. *Mario Martínez de Falcón, 6º* 56
Nuestra ruta en bicicleta. *Josu López, 6º* 57

ÍNDICE

ALUMNADO DEL I.E.S.O. JOAQUÍN ROMERA

Atrapado en Minecraft. *Asier Ayerra Zúñiga, 1ºA* 60
El misterio de Mia y su casa. *Laura Valerio Martínez de Espronceda , 1ºA* 61
El viaje de Naina y Naussomi. *Fernando Caro López , 1ºA* 62
El videojuego mágico. *Mario Noreña García, 1ºA* 63
Fiestas de Mendavia. *Claudia Fernández Ochoa, 1ºB* 64
La ciudad de cristal. *Esmeralda Martínez Grande, 1ºA* 65
La era de Judge Angels. *Javier Reyes, 1ºA* 67
Mendavia. *Iosu Manso, 1ºB* 68
Mi mejor día. *Alba Sancho, 1ºA* 69
Presencias. *Carla García Elvira, 1ºB* 71
Traslado. *Carlota de la Rica, 1ºA* 72
Viaje en el tiempo a Mendavia. *Inés Pérez del Notario Romero, 1ºA* 75
Deixa'm que caiga. *Jaime Alcalá Arróniz, 4ºA* 77
El bebé diabólico. *Unai Zalduendo Carrasco, 4ºA* 79
En busca de la felicidad. *Leire Liria Aranega, 4º* 80
La historia del pequeño Adrián. *Alexánder Zamora González, 4º* 82
La niña de la grada. *Marta Rupérez Mauleón, 4º* 85
Lo que sea por él. *Sara Delgado Martínez, 4º A* 87
Los caballeros de Trost. *Víctor Valerio Martínez de Espronceda, 4º* 89
Mi abuela y sus hermanas. *David Fernández, 4ºA* 108
Nika Bakker. *Andrea Irigaray Pérez, 4ºA* 109
Pasarela de algodón. *Itxaso Miquelez Salcedo, 4ºA* 110
Por qué no le dije adiós. *Sonia Valerio Martínez, 4ºA* 112
Semblante frío. *Celia Elvira Millán, 4º A* 117
Todo cambia en un instante. *Amara Lázaro, 4ºA* 120
Un relato corto. *Layla Atmani, 4º A* 121

AYUNTAMIENTO
DE MENDAVIA

mendavia
DENOMINACIONES Y CALIDAD